LA LOCA DE LA PUERTA DE AL LADO

alda merini

traducido por raquel vicedo

TRÁN
SITO

Primera edición, abril de 2021
Tercera edición, febrero de 2022

Título original: *La pazza della porta accanto*
© Alda Merini Estate, 1995
Publicado mediante acuerdo con The Italian Literary Agency, Milano y Ute Körner Literary Agent.

© de esta edición, Editorial Tránsito, 2021
© de la traducción, Raquel Vicedo, 2021
© del texto «Un rosario hecho de palabras», Raquel Vicedo, 2021

DISEÑO DE COLECCIÓN: © Donna Salama
DISEÑO DE CUBIERTA: © Donna Salama
FOTOGRAFÍA DE SOLAPA: © Giuliano Grittini

IMPRESIÓN: KADMOS
Impreso en España – Printed in Spain

IBIC: FA
ISBN: 978-84-123036-0-5
eISBN: 978-84-125122-2-9
DEPÓSITO LEGAL: M-6610-2021

www.editorialtransito.com

Síguenos en:
www.instagram.com/transitoeditorial
www.facebook.com/transitoeditorial
@transito_libros

Todos los derechos reservados. No está permitida ninguna forma de reproducción, distribución, comunicación o transformación de esta obra sin autorización previa por escrito por parte de la editorial.

MINISTERIO
DE CULTURA
Y DEPORTE

DIRECCIÓN GENERAL DEL LIBRO
Y FOMENTO DE LA LECTURA

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura y Deporte.

LA LOCA DE LA PUERTA DE AL LADO

alda merini

traducido por **Raquel Vicedo**

«Un rosario hecho de palabras», de Raquel Vicedo

La loca de la puerta de al lado

- El amor
- El secuestro
- La familia
- El dolor

Nota biográfica

Algunos personajes mencionados en esta obra

Un rosario hecho de palabras

Raquel Vicedo

Querida Alda:

No sé cómo dirigirme a ti. Te encontré en una librería de Catania una sobremesa sofocante de junio y el señor que regentaba el lugar me preguntó: ¿Conoce usted a Alda Merini? Y yo le respondí: Sí, pero nunca he leído su prosa, sólo su poesía, y él me dijo: Claro, porque la Merini sólo escribe poesía, la palabra de la Merini es la palabra del poeta, ¿no sabe usted que ella es la poeta maldita por excelencia?, la poesía fue su maldición y también su agua de vida. Yo, dudosa, en un murmullo: Pensaba que su maldición había sido la locura y él, paciente, sólo dijo: *Ecco, signorina!* Y salí contigo bajo el brazo a tomarme un seltz.

Tú, Alda, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, sí, pero ¿cuál de todos? ¿Alda? ¿Giuseppina? ¿Angela? Tus padres te dieron tres nombres ante Dios sin saber que, para reconocerte, él no necesitaría ninguno, que con tu voz bastaría. Y para el resto, ¿quién era Alda Merini, *la poetessa dei Navigli*? Para los vecinos de Ripa Ticinese, tal vez fueras la loca de la puerta de al lado, esa mujer que recogía en su casa a los sintecho, que paría hijas para darlas luego en acogida, que vivía rodeada de basura y cargaba su mole por el barrio mendigando un resarcimiento, un reconocimiento que, grande o pequeño, nunca le alcanzaba.

Era junio y una gata correteaba bajo los pinos buscando algo de comer. En esos días, yo era una mujer ociosa que miraba el mar y lamentaba el paso del tiempo, y tus palabras me decían que era posible acercarse a Dios a través de la carne, que el alma y el cuerpo no eran lo que yo siempre había creído. Que el cuerpo está hecho de alma, que el alma está hecha de cuerpo. Que la locura es una de las cosas más sagradas que existen en el mundo, que la locura se transforma en dolor, pero también en poesía, que el manicomio fue tu mejor escuela.

Alda, la loca de la puerta de al lado, figura pobre y romántica que acumulaba papeles y colillas en los cajones y las mesas de su casa, tus estantes repletos de poesía me llenan los ojos, las manos no me bastan para sostenerlos todos, son tan pesados, este sueño es tan pesado que no puedo abrir los ojos, por suerte estás tú para aligerar con tu canto la carga de este

mundo. Quiero despertarme para escuchar tu voz, bendíceme como bendito es el fruto de tu letanía, muéstrame el camino a seguir.

Qué importantes fueron los hombres en tu vida, esos que encendieron tu carne, alimentaron tu literatura o incitaron tu delirio, Montale, Quasimodo, Ettore, Manganelli, el padre Richard, tu propio padre, Titán, incluso el portero; yo me pregunto qué espacio ocupan en la mía, de qué forma soy mujer, me represento y me materializo. ¿Dónde está mi lugar, cuáles son mis fetiches? Y sobre todo, ¿cuántas máscaras necesito para mantener a raya la locura? Dices que la locura es un capital enorme, pero que únicamente el poeta puede administrarlo. Y yo no soy más que una mujer sola, una mujer que mira el mar, exiliada de sí misma, sin el don de la palabra. Un cuerpo exangüe, abandonado, que transita sin rumbo por una tierra estéril.

Tú, Alda, me hablas con las palabras justas. Me hablas de dinero, de amor, me hablas de Dios, de la crueldad del mundo, me hablas de un sufrimiento extremo, de la otra verdad. Intentaron acabar una y otra vez con el pájaro de fuego de tu locura, borrar tus recuerdos y ocultar tus huellas, pero tú inventaste un lenguaje nuevo que está más allá de todos, más allá de ti y de mí, más allá de Dios, para sentir el abrazo del mundo. ¡Qué milagro operaste para que sea justo al contrario! Leyéndote es el mundo quien siente tu abrazo, quien siente el consuelo que brinda hundir el rostro en el seno caliente y fecundo de la madre.

Es julio, es noviembre, es febrero, y tengo tu sarta de perlas, esa que no te quitabas jamás, entre las manos. Paso mis dedos por las cuentas de nácar mientras recito tus misterios y, desde el monte de Venus de tu palabra, atisbo la tierra prometida.

Pedreguer, febrero de 2021

La loca de la puerta de al lado

Para Ferruccio Cajani
Para Manuel Serantes Cristal

La loca: «Soy una silla, una silla en la que no se sienta nunca nadie. No sé si está hecha de azulejos o de linóleo, o si está recién barnizada. ¿Quién me ha barnizado las manos? Un celador, supongo, aunque ayer tuve una visita. Una palabra, pa-la-bra, palabra, palabra, me besa los labios, pronuncio la palabra».

Íncipit

No sabes la de veces que beso la cancela de mi casa, que sólo se abre si llamo al telefonillo de la loca de la puerta de al lado. Y ella me deja fuera como a una mendiga. Pero yo soy sierva de su desnudez, de su avaricia y de su evangelio asesino.

El amor

Tu recuerdo es un pétalo
que se posa en el corazón
y lo alborota.
Adiós, como cada noche,
más allá de las fracturas hay un cadáver
erigido con voces,
parece un fragmento de eutanasia,
pero tú me matas como siempre, amor,
y vuelves a abrir mis yacimientos inagotables.
Los sepulcros de Foscolo, los adioses
de ciertas manos que no están enterradas
y emergen en vano de la nada
pidiendo justicia para las palabras.

Si no estuvieras presente, no te querría; pero sea como fuere, estás ausente de mis sueños.

Para encontrarte, amante mío desde hace tanto tiempo, tengo que buscarte en los brazos de otra o en lo alto de Via Archimede. Una nunca sabe qué tren coger para verte partir. Hasta te confundí con el cartero, que reparte misivas llenas de decepciones y siempre se asoma para ver a la portera. Así, de puerta en puerta, de cartero en cartero, te olvidaste de poner entre mis labios el primer beso de amor.

Amarte fue como clavar una estrella en el cristal de una ventana.

Nada más frío que las cuentas y nada como los cuentos para calentarse los pies.

Nos pasamos noches enteras soñando cómo arreglar un fregadero que goteaba.

Una obsesión para los dos, una cuenta del Estado.

Tu piel es blanca como el suero de un corazón, tu piel es cimbreante como una víbora. Contra tu piel, lloro mi juventud. Tú, que ya no eres joven. Tu piel hace que me compadezca de los adolescentes, tu piel está viva y es lisa como la tierra. Contra tu piel, le sonrío a la vida. Tu piel no tiene nada de prisión y sin embargo es prisionera del cuerpo, y su futuro estaría hecho de lágrimas si perteneciera al cielo. Tu piel es un brote de senescencia. Tu piel está viva. Derramo lágrimas por tu pasado, que no vio tu piel desnuda junto a mi cuerpo joven.

Si te mido por tu rostro, puedo decir que eres primitivo como las piedras. Y como las piedras, dulcísimo. Hiciste que me sangraran las caderas y la conciencia de la infancia, por correr tras un muro variable que era un viento incomprensible, como el encuentro de un violín.

No sé por qué Casiraghi se ha tomado tan a pecho esta disputa, él, el menos suspicaz y el más tranquilo.

Casi me obligaste a venir a verte todos los días, encogida de frío, mientras con las manos enfermas me preguntaba dónde estaba mi piano.

Puede que sólo tocara en tu alma un contrapunto que, debido al miedo, corrompía el corazón y a los grandes bachilleres.[1]

Ese no querer ver el papeleo y pensar que eras hermoso, demasiado hermoso para trabajar en un banco.

Anna Karenina se puso un sombrero nuevo antes de marcharse.

En aquella época no había metro, sólo un tren que partía, pero la matriz incendiaria necesitaba un estruendo para tapar los gritos de la pasión.

Quien se mata comete un crimen, pero como el más frío de los verdugos, antes procura borrar bien las huellas.

Oh, qué despistada soy, sólo después de mil noches de amor recuerdo que estás vivo.

El crucifijo de nácar se lo di a Lucio Dalla.

Porque lo amaba, ¿sabes? Todo un espectáculo de vida desordenada con un circo ecuestre dentro: un perfume de flores, la rosa del jardín, los parterres del convento.

Ahora me doy cuenta de que he perdido mucho tiempo desempolvando niños, mitos, mis pasatiempos, las flores del eucalipto, lo que está escrito y lo que no.

Ahora me gustaría saber qué pasó para que me encerraran en un convento de la noche a la mañana y para perder a Titán, que sí, era muy extraño, pero a veces vestía chaquetas con unas solapas de lo más elegante.

En el día de la furia, lo dejé todo de lado.

Y ayer me ocurrió algo tan extraño, tan dulce, tan inesperado. Un joven, un empleado del banco, bizco pero perfumado, me cogió y me besó apasionadamente delante de todo el mundo. El banco entero aplaudió y yo me quedé conmocionada. De regreso a casa se lo conté a M., y entonces fue cuando comprendí qué había significado aquel arrebato. Con apenas veintitrés años, él, a quien yo llamaba Tom Ponzi, había querido transmitirme este mensaje: que Roberto no había sido una ilusión y que a mí no deberían haberme dado electrochoques.

El hombre por el cual el deseo se transformaba en hielo se había alejado tres metros. Su silueta, su sombra, era menor que su estatura y yo me había dado cuenta. Si lo mirabas de frente veías un rostro horrible, pero si analizabas su sombra veías amor. Lo que hacía que aquel hombre y su sombra fueran odiosos era que no se parecían en nada. Todos mis hombres han tenido siempre un cuerpo y una sombra tan distintos que pocas veces he sido capaz de asociar el uno con la otra. Tal vez porque las sombras no tienen deseos.

Sabes perfectamente que mi cuerpo me hace sufrir.

Sabes perfectamente que lloro por tanta expectativa y por tanta espera.

Soy una súbdita inexplicable de la dulce violencia, de la pauta a seguir.

Le he confesado a Gerardo mi amor por ti.

¿Sabes?, aquí en Milán, para bien o para mal, se hacen confesiones hasta dentro de las librerías, que destilan tanto los amores de los poetas como los dictados de las piedras.

Cuando una mujer puede representarse a sí misma, canto la mejor música que guardo en el corazón.

Y cualquier música es sin duda una trama de amor.

¿Qué otra cosa se puede descubrir, aparte de una telaraña hecha de tiempo, esperanzas y engaños?

Y sí, cuando sueño me veo en altamar, como si pasaran muchas barcas, barcas similares, barcas que se dirigen a puerto.

Pero el poeta no tiene puerto y Homero no tenía cueva, ni tampoco la tiene la Sibila.

Un día conocí a la Sibila y le pregunté cuál era mi destino. Aunque sé cuál es mi destino. Porque no es más que la continuación de mi presente, un presente amargo, pero un presente hecho de música.

Estos años son maravillosos, son años en los que nadie me lleva la contraria.

Sin embargo, para el poeta llevar la contraria es inevitable; esta gran obsesión por las palabras se ha convertido en su camino.

La música es para mí un largo peregrinar en busca de cumbres, cruces y mujeres magníficas.

Ningún hombre puede decir que no ha sido crucificado al menos una vez en esa rama de olivo que es la mujer.

Pero la mujer ¿es una rama, o más bien una gran prensa bajo los pies de la cual el hombre es trágicamente desmembrado? No tengo miedo de haberme inventado a esa mujer, pero no quiero que se convierta en mi infortunio. Por eso le he dado la espalda. Sin embargo, no puedo evitar buscarla.

El hombre es un ser maleable plagado de abandonos.

El hombre debe abogar en su favor mientras pueda. El hombre debe traducirse en música y saber perdonar aquello que no conoce.

Igual que la Venus Calipigia, que aplasta la serpiente desnuda con el pie de gracia, tú haces que el mundo tiemble con tus ojos de color almendra.

Pillé esta tos seca en la librería por culpa del aire acondicionado.

Nadie te recoge en Milán. Llamas un taxi, tal vez recordando que Quasimodo te llevaba en uno, donde se sentaba a hablar de amor sin fin.

Quasimodo desperdiciaba las palabras y yo desperdicio mi vida

amándote, pero tú no vienes, intuyes que alguien podría cortarte el paso aquí delante.

Culpo a todos de tu presencia, los culpo de que estés lejos de mí.

Y a ratos me encuentro llorando sola, desesperada, sobre la almohada.

Sigo esperando a que me devuelvas ese depósito en garantía que habíamos dispuesto juntos. La ley de los amantes, tan oscura, maneja una contabilidad diferente, sin compromisos. ¡Devuélveme mi ataúd junto con un sepulturero!

La escritura puede convertirse en un vicio patológico si ocupa el lugar de una presencia esencial, cuando es tan bella y feliz que sólo encuentra satisfacción en una poesía anómala y anormal, casi peregrina, que busca su propia morada en la caridad de aquel que la escucha. Y entonces tendremos la oración silenciosa del que escucha y del que murmura a su oído su canto de amor y humano desdén.

Pero por tus cabellos rubios, en los que toqué mi último grito, por tu mejilla redonda y sonrosada, por tus hermosas lágrimas, tan juveniles, vi pasar la oscuridad de mis anales de viejo poeta. Bebí vino del verde de tu boca. Llevé incensarios y figuras balsámicas conmigo.

Pero en tu hermosa boca vi la geografía del amado.

Tú eras la tierra prometida, la tierra de mi gracia.

Reía y río hoy, que es Viernes Santo.

No, no he vuelto a franquear el número que adorna la fachada de la iglesia.

Si supieras, Silvano, que te utilizo para encontrar una justificación, para recomponer un amor perdido.

Torpe y casi universal, pasaba, disfrazado de salvaje infame, un gusano inmundo que no me escuchaba.

Pero él, Ricardo Corazón de León, con su hermosa mesa redonda, buscaba a su dama favorita.

El rey Arturo, más viejo, que no lo quería, mandó que me dijeran que me fuera para no volver a cerrar aquel monasterio abierto y a la deriva.

Busco convencerme de mi muerte.

Tal vez fuera Otelo, que me preguntaba. Me estranguló en el lecho donde Casio había depositado su dolor, el dolor de la duda. Ese maldito Yago todavía vive en casa. El enigma que nunca se resuelve me matará lentamente.

El empleado del banco está sentado en la silla que tiene reservada, igual que reservada es su existencia. Nunca ha tenido una conversación y no vive en ningún sitio, rara vez suelta su auricular. El empleado del banco siente, prevé y vaticina sin conocer el mundo. La primera vez que ve al poeta piensa

que es una perla rarísima, pero sin valor. Ya vio al poeta en todas las revistas y se enamora.

El poeta tiene alma de empleado de banco: está obsesionado con su cuenta corriente, tiene miedo de perderla, se preocupa por ella como si de un hijo se tratara, el hijo que tiene reservado. Y el empleado del banco siente la cuenta suya, tan suya, que la administra a su antojo.

El poeta también tiene alma de banquero y le gustaría administrar patrimonios inmensos, parecerse a ese financiero que ha previsto y salvado todos los obstáculos.

El empleado del banco destila aburrimiento, recibe con amabilidad al anciano que le cuenta sus penas, sus sueños, sus pecados ocultos. El poeta le habla de amor al empleado del banco y de repente nace la llama de un extraño deseo, que para el poeta es deseo de dinero y para el empleado del banco una pérdida de tiempo. Por eso el empleado del banco, que no tiene palabra y sólo percibe, varía de sílaba en sílaba, cultiva un gerundio sin fin.

En el banco no se pueden conjugar los verbos, sólo se puede hablar de materia cifrada, de cosas restadas, de cosas sumadas. El banco acumula, esculpe, ensalza la palabra «fuerza». Y no comprende que la fuerza del poeta es su debilidad.

Cuando Titán se fue, yo también me fui. «Me voy para siempre», le dije a aquella casa tan cantarina y al mismo tiempo tan triste, y cerré para siempre la jaula de mi vida. A decir verdad, me encontraba en una especie de Babel: cada vez que intentaba hablar, se me enredaba la lengua, no dejaba de repetir las mismas palabras y la más grande era «miedo». Miedo del amor infame. No del amor divino que incita a cantar, sino del amor de los callejones lúgubres, del amor de la prostitución.

Ella se ha ido, pero volverá. O, al menos, creo que volverá. Nunca ha estado fuera de casa más de dos días. Lo que no entiendo es por qué ha robado, pero sobre todo a quién le ha robado. Soy un hombre tan sencillo, tan fácil. Cuántas veces se lamentaba de noche y me decía: «Titán, ¿sabe usted que en mi casa nunca han robado nada?». Le pregunté si eso la hacía sentir pobre, si necesitaba a un ladrón de verdad, pero no tenía ganas de robarle sus humildes pertenencias. Eran papeles acumulados en un cajón con colillas de cigarrillos y algunos zapatos desparejados. Se enfadaba conmigo porque yo no usaba zapatos ligeros y porque siempre le ensuciaba el suelo. Yo lo hacía a propósito, así ella tenía que pasarse el día limpiando la casa y yo estaba seguro de que no me engañaba. A veces le tocaba al telefonillo. Siempre aprovechaba la lluvia para poner una excusa y decirle que tenía que subir a por un paraguas. En realidad quería verla, pero ella me despachaba con malas formas, alegando que tenía cosas que hacer. Yo odiaba a sus editores, odiaba a Costanzo, la noche de la emisión había vuelto cansada y febril.

También sus vecinos me miraban mal. Aquel invierno hacía un frío cortante. Yo trataba de calentarla entre mis brazos, pero la fiebre no le bajaba. Debido al asma del portero, habían apagado todos los radiadores, o casi. Le decía que tuviera paciencia. Entonces, de repente, aquella fiebre tan alta, y el médico que no venía… De su paso por el San Paolo volvió desolada. En casa hacía mucho frío. Por la mañana me fui. La dejé dormir. Se había pasado toda la noche hablando, y yo la miraba y le decía: «Alda, pero ¿cómo es posible que te tomen por loca?». Me había contado la historia de siempre, que iban a venir sus hijas. Todos los domingos se ilusionaba y ningún domingo venía nadie. Puede que aquel día no pudiera soportarlo más: había ganado el premio Montale y se había dado cuenta de que era un bluf. Hizo las maletas y desapareció. Fui a buscarla, pero me echaron del hotel en el que se había refugiado. Se había ido para no verme nunca más. Yo sé que huyó para no verme morir.

Todo niño cuenta con un terreno sólido para vivir, pero dónde nace un poeta es algo que nadie sabe. Nadie sabe en qué valle del Edén crece. El poeta es un ángel y rota de forma angelical, nunca consulta los astros, pues el poeta es un centro de vida, conoce todos los astros del mundo y todas las lunas le parecen malévolas.

El poeta no es un sortilegio, es un hada que quiere que su Pinocho se vuelva de carne y hueso. Pero mientras tanto es el hada quien muere, quien acaba en una tumba en un cementerio escabroso, quien respira el aire de la tierra y se convierte en limón. Mientras tanto, el títere juega, juega y arde, y acaba convertido en leña.

El seis de enero Titán se fue, tal y como había llegado, para morir en un banco. Dijo que el verde de los bancos era el verde de los valles, el verde de las fuentes. Yo lo abracé, le quité las llaves de la mano y me fui. Me recibió la habitación de un hotel. Cinco meses después, he preguntado a sus amigos si lo han vuelto a ver. Pero sé perfectamente que Titán ha muerto.

En un invierno arduo que tengo muy presente, me encontré con Titán cargado de rosas y, para que yo pasara, él extendió un manto en el camino.

Era un invierno lleno de dolor, donde la soledad hambrienta parecía vendimiar el pasado.

Un hombre maldito, pero no tanto como para no tener palabras de quietud y bancales de deseo.

Una Circe trataba de restituirme mi destino de gracia. Yo buscaba el fondo de una botella y me venían a la mente las batallas y el juego de la guerra. De este hombre no logré averiguar nada, no tenía heridas en el torso que hicieran augurar el motín de los poetas.

En las noches sordas le preguntaba si alguna vez había oído aquel fragor de guerra que hacía que me movilizara.

En las noches de la vida me decía que había nacido en Pascua, que las

campanas eran festivas y su vida, un juego de juventud.

Después, añadía: «Si la luna es fuerte y exacerba los sentidos, prueba a desear una niña».

Me pareció una molécula del mundo aquel absurdo Titán sin guerra, que no sabía qué era un fusil pero trituraba el corazón de las chiquillas, pues conocía las batallas del amor. Y con eso me bastaba.

De noche le hablaba con tristeza de mi pasado, y él lo encontraba un poco más obsceno que las viejas cárceles malditas.

Querido Curcio:

El hombre puede convertirse en un felino, y yo soy tu libertad y tú la mía. Vivimos felices entre el fragor del mundo, a pesar de estar separados. La ley no sabe que también los presos le hablan al aire. Los colegios, el dolor de los colegios, los primeros endecasílabos, la falsa música del verso, las arritmias del corazón. Cuando uno está enamorado, el corazón no funciona bien; y tampoco la digestión.

Me ha crecido una barriga enorme, como si me hubiera tragado una esperanza y un júbilo enormes y fuera a reventar. Así de mal somatiza el ser humano la culpa. La fiebre. He tenido fiebres altísimas que nunca me he medido, pero ante todo eran fruto de una gran rebelión y de una conspiración contra mí sola, incendiaria, contra la barrera única del recuerdo. ¿Sabes?, he amado tanto esta barrera, me parecía el poderoso tallo de una flor.

No sabes la de veces que beso la cancela de mi casa, que sólo se abre si llamo al telefonillo de la loca de la puerta de al lado. Y ella me deja fuera como a una mendiga. Pero yo soy sierva de su desnudez, de su avaricia y de su evangelio asesino. No hay nada, Curcio, que pueda matarme. Ahora me siento eterna, pero no porque me hayan dado el premio Montale. Me siento eterna porque estoy en medio del amor, en medio de esa cueva que se llama amor, un habitáculo nuevo e infernal donde me convierto en la poeta inescrutable y en la vida misma de Apolo.

La mitología, este comparar continuamente nuestras pasiones con las de los dioses, este sentirnos dioses, este reírnos de nuestras desgracias y de las carencias naturales, este estar locos, este ser prisioneros de alguien, yo de la loca de la puerta de al lado y tú de la ley. En el fondo, en las cárceles se está caliente, siempre hay alguien que te insulta y te hace expiar el gran paraíso de la literatura.

Y así me despido, una vez más. Te mando un beso agradable, pero no del todo puro, porque el poeta nunca es puro, no debe serlo.

En el cielo de medianoche volaba un ángel, y mientras volaba, una triste canción cantaba. Lo escuchaban las estrellas, lo escuchaban el sol, las nubes y la luna. Traía a la tierra un alma infantil para que esta conociera la guerra

y la amarga disciplina del canto.

Sólo las notas siguieron vivas, no las palabras. Por todo el mundo, presa de la nostalgia, languideció la dulce y suave melodía de los cielos. Esta tierra miserable no bastó para colmatar los tediosos cantos.

Davide era el hombre absoluto, crítico con el entorno, crítico consigo mismo, crítico con los críticos. Lo que no se oye en Davide es la pesada teología de barrio. Davide logró con un único salto, casi felino, superar las barreras de lo prohibido. Apóstol de gran talla, ni emponzoñado ni susceptible de emponzoñar, contento por cada mujer hermosa, feliz hasta el absurdo de ver un rostro hermoso. Estaba dotado con la suprema gracia de la poesía, más allá del infierno de su fe, que iba y venía como el agua de un río. Las tinieblas de Davide fueron también su luz. Pero el poeta, el mayor pecador que conozco, borra las tinieblas. El poeta es solar, como las campanas. Y el punto álgido de la soledad de Davide no fue su accidente, sino su humano nocturno.

A veces es como si me preguntaran si he visto a Dios. Claro que lo he visto, porque de lo contrario no podría escribir. Pero no tenía dimensiones humanas, ni lenguaje humano, ni rostro humano. Y cualquiera que lo haya conocido o escuchado rechaza de inmediato a cualquier doble de Dios, por hermoso y necesario que sea. No es falta de amor por el hombre y por la mujer, sino indiferencia ante algo imperfecto que está hecho sólo de tribulaciones e impaciencias, del deseo de yacer con la madre y abandonarla. Y estas cosas no suceden en el tiempo de Dios.

Todos tenemos miedo de encontrarnos con nuestra eternidad, donde los poetas disfrutan con antelación de la mejor parcela. Cada hombre hermoso y cada mujer hermosa son el ejemplo manifiesto de que Dios es creador y, como dijo un fraile, de que Dios tiene buen gusto. Me gustaría que el terreno de Dios estuviera sembrado de gente hermosa. Porque el mejor sacrificio que el hombre puede ofrecerle a Dios es el de perfeccionar su belleza y decir: «Yo soy tu hijo».

Todos los hombres nacen santos y el asesino es sólo el émulo del más piadoso, el que tiene envidia del más perfecto, el menos rico. Por eso la ira, y todo lo que deforma nuestro rostro, lo que no lo alegra y no alienta nuestro canto, es pecado.

Davide acogía en su pacífico seno a mujeres y a hombres indistintamente, porque en la naturaleza no hay diferencia entre los sexos, salvo para la procreación.

El libro que más me ha enseñado es la Biblia. Y la Biblia debe leerse así: abriéndola al azar y pidiéndole a Dios la respuesta a tu tormento. Las primeras palabras que te llamen la atención serán la respuesta de tu ley.

Aquellos que devoran novelas para poder decir: «Tengo tal bagaje cultural» están en un lamentable error, porque la cultura divina no se

aprende en los códices terrenales: por lo general gozan de ella algunos elegidos y se llama «ciencia infusa». Por eso, preguntarme qué he aprendido, dónde he estudiado, es una de las mayores obscenidades que pueden perpetrarse contra un poeta, que jamás sabrá explicar qué es esa hermosa mujer que lo fascina, lo entristece y lo desarma, y que a veces lo abandona durante tanto tiempo. Porque es cierto que existe la locura, pero también es cierto que quien está loco no sabe escribir.

Me pregunto si un hombre y una mujer no tienen derecho a morir cuando quieran y por los motivos más peregrinos. Por otra parte, también creo que en realidad no se muere de amor, sino de una larga serie de malestares, de miedos y de constataciones internas. Cuando uno encuentra a su pareja definitiva, la mira y la espera con una amplia sonrisa.

Pero incluso la muerte por amor no es horrible, y debería ser el final más dulce que Dios nos concediera.

No quiero hablar de cosas tristes todo el tiempo, casi me parece contra natura, pero estos son mis pensamientos nocturnos, las águilas nocturnas. Las golondrinas ya no cantan, son demasiado pequeñas para esa historia macroscópica que es el odio. Cuando la gente me reconoce y me para por la calle, digo: «Yo no soy Alda Merini, soy su sosias», y trato de escapar.

El amor por el padre Richard fue un amor adulto y enormemente angustioso. Alcanzar la madurez del alma y del cuerpo significa padecer el peor de los tormentos sin ayuda de nadie.

Y yo me había desplomado justo al borde de esa larga cadena de resoluciones.

El padre Richard era autoritario, joven, agresivo y orgulloso.

Y sobre todo, era un genio similar a Titán, que sin embargo es un inútil, alguien que se contenta con los caramelos de la abuela, que escarba en la nube de polvo de la era.

Y recuerdo el fasto de la iglesia de Sant'Angelo.

Comparado con nuestro pobre amor, ahora me parece un fasto inaccesible.

Pero Titán duerme mucho y muchas horas. Con él, al menos, he dejado atrás aquellas espantosas noches de insomnio que sufría por culpa del portero.

Cuando un amante te pierde, significa que es un cobarde.

Cuando un amante no consigue perderte, es que es un ladrón.

Casiraghi y yo, con nuestro amor lleno de esperanza, nunca nos hemos rozado ni los labios ni el corazón, porque ambos pensamos que

pertenecemos al mismo numen, ese que nos ha gobernado hasta ahora. Vasallos extremos del deber de escribir, no nos permitimos placeres, pausas, permisos. Frente a la aduana del sentimiento cerramos los ojos, porque llevamos escondido un pequeño sepulcro. Cargamos con un amor muerto y, como tantos enamorados, nos hemos convertido en perfectos simulacros. Ya no queremos llorar más. Egoístas hasta el extremo, celosos de que uno pueda mirar en lo más profundo del alma del otro, ni siquiera nos atrevemos a albergar la esperanza de ser amigos y nos cubrimos con ese estiércol inmundo que la gente llama cultura. La cultura hoy en día es un verdadero estercolero. Un estercolero que algunos logran que dé fruto, pero donde no germina la semilla de los auténticos poetas.

Raboni, espejo de mi alma.

Vanni Scheiwiller, inmaculado como la nieve, pero todavía demasiado joven para descubrir los insultos del destino.

El padre de Vanni, un gran Chateaubriand lleno de paraguas y popurrís que va a Roma en bicicleta sólo para ahorrarle a las palomas su lenguaje obsceno: un sabio viejo, un gran editor delgadísimo.

Ezra Pound, hundido en su poltrona.

Betocchi, recién abierto, como una flor.

Campana, tan analítico, profundo y despreciativo, huésped eterno de un manicomio civil, nacido de un párpado de amor, del párpado fijo de la aguda sospecha.

Schwarz, que ahora vive en Via del Gesù.

Son tantos los errabundos del destino, los judíos errantes de esta gran biblioteca de la que formo parte. El rincón más susurrado, el más escondido, el más inesperado, puede que el más preciado, es, sin embargo, el menos amado por todos, porque a ojos de todos soy una loca. A mi alrededor hay tal vacío de soledad, de cotilleo. Un ambiente determinado, una caja, una válvula cerrada hasta el infinito pueden ser una bomba de relojería.

He llorado antes de cantarte, Guido, porque tú también tienes tus brezos y porque es posible que tú también pulieras las clavijas de los poderosos que no tenían una mente sana.

Y enfermaste por culpa de esos miserables zapatos, a sabiendas de que tomarían el camino inverso, el camino de los poderosos, el camino de eterna conquista al gran paraíso de la violencia.

Así que ahora escúchame, Guido.

Él era mi gabán, Guido, el que me ponía por las noches sobre las rodillas para calentarme.

Y en virtud de su hermoso recuerdo, Guido, me sentía enferma, y era una enfermedad tan dulce calentarme de ese modo en sus rodillas ya viejas, temblorosas.

Pero hasta este calor me arrebataron de las sábanas antes del último

secuestro.

¿Por qué olvidarse de él y de su gran herencia, de sus grandes libros que me había dejado sólo a mí?

Titán y yo somos dos actores ya viejos, vividos, que fingen quererse y duermen en la misma cama, y que muchas veces se masturban juntos, uno pensando en la muchacha y la otra pensando en Gerardo. Pero lo curioso es que antes de comenzar este ritual, nos hablamos de usted, nunca de tú.

Pero Titán y yo sabemos algo fundamental: que estamos enfermos, que los dos estamos gravemente enfermos de vida.

Titán era rico, muy rico, tan rico que por odio hacia su padre tiró todo por la borda, un poco como hizo Francisco, y acabó muriendo en un banco. Allí fue donde lo salvé, porque, igual que a Titán, a mí también me robó gente más lista que yo. El infeliz me miró desde el otro lado de la cancela y yo se la abrí. Él también abrió la mía y después volvió a encarcelarme.

Nosotros sabemos que la libertad no tiene precio y que es mejor morir en la calle que dentro de los muros lacónicos de nuestra casa.

He escrito siempre como en estado de sonambulismo. La salud mental es un lavado de cerebro que borra las cosas que te son más queridas y que son esenciales para mantener viva la memoria. Como, por ejemplo, tus hijos, y la vida sublime de Giorgio Manganelli.

Todavía me angustia el dolor de su muerte. Desde aquel tristísimo mes de junio, siempre he tenido la impresión de que ya no me llega de Roma el calor del sol ni, por lo tanto, el de la vida. Por eso he dejado la persiana a media asta, como una bandera en señal de luto. Pero Manganelli fue, además de mi pigmalión, algo que estaba más allá del bien y del mal, e incluso más allá de mi amor por él.

Ambos especialistas en el siglo XIV, y ambos fogosos tanto en la pasión como en la existencia, siempre exacerbamos nuestra amistad. Hasta convertirla en canto de nieve. Un dato elegido imaginíficamente[2] que habría despertado la envidia de Gabriele D'Annunzio.

Aquellos cuatro años de tensión manifiesta habían insuflado vida a nuestra canción y al final también a nuestra pequeña muerte, grande y sublime muerte de los sentidos. Toda la engorrosa cautividad del principio de la existencia, toda la filosofía interna de la juventud habían confluido en aquel pantano de sueño que luego se convertiría en la escritura de Manganelli. Por lo demás, una escritura tan noble y tan blasonada no podía confundirse con los sarcófagos de las demás novelas. Y sostengo con orgullo que incluso esta muerte tendrá un futuro histórico, y que histórica será su licencia para volver a sonreír ante nuestra vida.

Qué sentido tiene, por lo tanto, hablar de nuestro primer encuentro y de nuestras primeras inquietudes de enamorados, de la nerviosa abundancia de

fármacos hechos de palabras que Giorgio me administraba, a mis ojos lo suficientemente viejo y a los suyos lo suficientemente joven como para poder sonreírme.

Era el más venerable de toda la serie de literatos que se arremolinaban en Via del Torchio. Pero también el más jovial y atento. Era, en resumen, mi Juvenal. Para que pudiera caer el mito de mi grandeza y de la suya —yo le enviaba cartas desesperadas desde mi cama, por aquel entonces desangelada y vacía de intereses amorosos—, había que eliminar una figura de ensueño tan imponente. Un personaje selecto y obsceno que había metido las manos en el mítico pantano de la escritura para sacar a flote las joyas más portentosas.

Lo mío con Manganelli fue una fábula sólo comparable al mito de Jasón o Parsifal. Y a la historia del vellocino de oro: angustiados, íbamos en busca de una capa de palabras que fuera capaz de sublimar a nuestros ojos una piel ya seca, desnuda y, sobre todo, cubierta de engorrosas calumnias.

Había visto su cuerpo y me había parecido una escultura del cosmos, el ritmo del hombre que había en su interior me había conquistado. Había escuchado su voz salida de las conjuras de Palacio, y se me había antojado auténtica magia de vida, auténtica vida. Me pregunté en qué punto comenzaban la realidad de mi vida privada y su sueño. Creo que las golondrinas habían anidado en su nuca, y que yo era su golondrina favorita. Me tiranizaba, me hacía vivir a sus pies, me dejaba picotear sus zapatos y buscar con el pico sus labios, bulliciosa como todos los pájaros. Pero nunca me vio como una mujer, para él yo era sólo un ave que tenía frío y que a ratos resultaba amable. Un ave que viajaba en bandada, pero que seguía un camino distinto al de las otras aves, pues las vicisitudes de la vida le habían destrozado el alma. Además, me insultó porque no caminaba bien, porque no sabía hacer el amor y porque cantaba en su ventana en momentos inoportunos. Acabé por volver al hueco de mi pobre árbol hundido. Mi mente rezumaba recuerdos y conspiraciones, lo que ocurría por las noches frente al alero de mi pensamiento era inenarrable. Me despertaba medio desnuda como si las manos de mil demonios me hubieran abierto la vagina para mirar dentro de ella, como si mil insultos me hubieran arañado para después abandonarme allí, comportándose como los verdaderos triunfadores de la palabra angustiosa. Moría de llanto y de hambre, y entonces yo también me calumniaba. Si iba a la iglesia, sólo era para rasgar los paños fúnebres y para oír las voces de los muertos. Me sacaron de allí casi moribunda. Pero salvo los frailes de Sant'Angelo, nadie sabe que aquello ocurrió realmente.

Richard era como un pan de amor caliente. Un pan lleno de formas. Su caridad era humana, exactamente como la de Davide. En esta caridad puede

que también hubiera amor carnal, porque el hombre está hecho de amor y de placer. Pero el placer, a mi edad, puede conducir a una muerte en los límites, a una muerte cansada, vivida en la periferia del misterio.

Los besos apasionados de Titán me arrebataban vertiginosamente, me proporcionaban un largo descanso y sofocaban mi miedo. Ese miedo era tensión y un enorme deseo de conocer la verdad sobre la naturaleza de la locura.

Titán me había dicho que si alguna vez hubiera intentado matarlo, se habría ofendido, porque en su opinión la muerte sólo puede venir del cielo.

Siempre he rechazado *a priori* la idea de poder gustarle a alguien: mi aspecto, mi logorrea y ese impulso que me lleva a traicionar los mejores principios me hacían desagradable a mis propios ojos. Pero cuando por la noche volvía a sus fuertes brazos, que emanaban ese calor singular de la carne, ese olor salvaje e impuro, mis sentidos resucitaban.

Titán era una forma que se disgregaba día a día para acabar hecho mil piedras en mis manos. Piedras que después se convertían en joyas.

Yo sólo tenía que agacharme en el suelo como un seto en celo, dispuesto a brotar, y Titán, experto en socorrer, ponía en práctica su buena mano con las plantas.

Cultivaba en su jardín a las jóvenes más extravagantes y mostraba síntomas de un hermetismo formidable que, por extraño que parezca, me recordaba el amor de Salvatore Quasimodo.

En Milán yo había propuesto hablar del gran maestro y de sus herejías internas, que en realidad constituían una gran fe poética. Pero nadie quería tocar a ese mito terrible y magnífico, a ese monstruo sagrado de la literatura.

Contrariamente a lo que se podría pensar, Quasimodo era un hombre bueno y pacífico, muy alejado de las guerras, también de las filisteas, que se libran en el seno de la literatura italiana. Pero como buen siciliano, tenía la lengua mordaz y punzante y defendía su tierra apretando los puños sobre los pechos de su santa poesía.

Quasimodo se había escondido detrás de mí como la luz de un sol a lo largo de una antigua jornada de duermevela. Me había costado desprenderme de aquel recuerdo áureo y paterno, así como del culto a una cultura que sostenía el dogma del hermetismo.

Sólo cuando fui a Sicilia logré olvidar a Salvatore Quasimodo, que permanecía equidistante entre el norte y el sur como una voz que se alza perpendicularmente.

Titán desconfiaba de sí mismo porque desconfiaba de los demás, y entre sus brazos yo me encontraba en una isla desierta.

Nuestro lenguaje, que era el lenguaje común del amor, lo concebíamos como un esperanto extraño, un idioma diferente que, de hecho, ni él ni yo

conocíamos: la noticia recién llegada de un amor inexperto.

Éramos dos muchachotes gordos abrigados por una mano de hierro, la voluntad de los demás. Pero nuestra limpieza moral era tan grande que, incluso en mitad de esos horribles tormentos, ni Titán ni yo nos dábamos cuenta de que la vida era algo que daba escalofríos.

En el pasado Michele Pierri me había dicho: «Eres una aventurera del alma». En el fondo, una ladrona, una rompecorazones, pero sobre todo una niña que se encuentra a gusto en el fino cincel de su infancia, donde ahora estábamos Titán y yo.

Nadie habría creído que nuestro amor llegase a la contemplación de nuestros cuerpos desnudos, exactamente como hacen los niños.

Tal vez lo que he dicho de Titán no sea del todo cierto. Tal vez Titán sí sintiera algo de reverencia por los frailes, pues miraba con intensidad y amor las prendas que le daban todos los días.

Era yo quien lo había mandado a la iglesia, esperando que encontrase el pan caliente de la fe y alguna sugerencia del centro parroquial. Pero había sido precisamente allí, en los primeros centros parroquiales de su infancia, donde había empezado a empinar el codo.

Yo dormía plácidamente en sus brazos, como un cachorrito con su madre. Y él me decía: «Por las noches no resuella usted, ni aunque me pase horas y horas mirándola dormir».

Sé que, a su manera, me protegía de su mundo marginal.

Por la mañana, para que se fuera, tenía que darle una buena propina. Y él me gritaba: «Aunque lo contara, nadie la creería». Yo le atizaba una bofetada y él me cogía la mano y me besaba la palma: «Hace falta más, querida señora, para asustar a una bestia como yo».

Le decía que sí, que era una bestia, pero por lo menos, cuando no tenía hambre, estaba tranquilo y se acurrucaba en el hueco de mi cama.

Titán me había lanzado el anzuelo y yo me había dejado atrapar por su sedal.

Nadaba a flor de agua.

Pero cuando alcanzaba la cima del deseo y el consuelo infame de sus brazos, el Naviglio[3] y los médicos empezaban a poner inconvenientes.

Dicen que el bordonero es un invento milanés, un invento de la lengua de la zona. Pero luego la suerte de los bordoneros, que eligen una vida de ensueño desprovista de encantos reales, no es tan veleidosa.

El bordonero rechaza la alucinación enfermiza de lo que le proponen como sistemático y real.

Es un hecho que la corporeidad de la mente acontece cuando uno vuelve

a la totalidad de la escucha pélvica, y yo llamo escucha pélvica a ese moverse entre las paredes del útero: la unidad de pensamiento.

Y después nos preguntamos cómo es posible que pueda socavarse un amor que tiene forma real y rentable hasta la anormalidad.

Aquella cuenta con Titán me había salido cara, porque todos los días, como un niño, me pedía dinero para el café con la intención de causar buena impresión ante sus amigos. Sus amigos eran gente insolente e insolvente que se doblegaba ante su somera erudición, pero sobre todo tenían miedo de su tamaño.

Lo que me gustaba de Titán era que hablaba un italiano correctísimo, y llamaba a las colillas «pitos».

Se recostaba en la luna llena como un hada y, a veces, conseguía que acabara llorando de risa.

Había que imponerse, no dejarse pisotear, ya que Titán te exprimía al máximo a la menor ocasión, y no sólo en lo referente al sexo.

Tenía el pelo como un puercoespín y se lo cortaba él mismo, poco y mal.

No veía al peluquero ni de lejos y tenía ideas muy personales sobre el movimiento del Sol y la Tierra.

Durante la guerra del Golfo se encerró en las tabernas a llorar a moco tendido la escasez del vino.

Titán entendía de mujeres y andaba diciendo por ahí que yo tenía la piel sobria y aterciopelada. Y de hecho, la tenía. La hibernación en el hospital había mantenido con vida algunas venas ligeramente diáfanas que apenas se insinuaban. La ausencia de comercio carnal había provocado que mi aspecto fuera el de una chiquilla, y esto despertaba la envidia de las señoras del Naviglio.

Pero sobre todo Titán era mi invierno, mi invierno de hojas amarillentas y bajas, con aquel aire entre estúpido y socarrón, y la risa chistosa, pueril, de quien no quiere cuidar de sí mismo.

Yo trataba de mantener la casa en orden y mientras, él se hacía el encontradizo, con esas zarpazas mugrientas que cuando no te tocaban los pechos, te tocaban los tobillos para demostrarte que, al fin y al cabo, te estaba agradecido.

Pero agradecida le estaba yo, pues, para bien o para mal, me lo camelaba por las noches.

Camelarse a Titán por las noches no era fácil, pero yo fingía un amor que no existía o que se había caldeado lo suficiente como para dar pie a una nueva invención.

Si Titán había elegido el vagabundeo, yo había elegido la locura.

Pero puede que ninguno de los dos estuviera lo suficientemente convencido de su decisión. Tanto es así que a veces necesitábamos oír la opinión del otro. Y en lo referente a este asunto, nunca nos poníamos de acuerdo.

Yo le echaba en cara que necesitaba una cama caliente cuando, al fin y al cabo, él había elegido la calle. Pero, en el fondo, yo había elegido arrastrarlo hasta mi casa para poder escribir.

Por el padre Richard había sentido el placer de la culpa a través de la exoneración de esa misma culpa. Hay un estado de traslación de los sentidos, de dudosa voracidad de la mente, en que el alma sedienta de amor abre la boca de par en par como un niño enfermo que pide un soplo de vida. Los verdugos vertían veneno en nuestra hambre desmesurada y penetrante. Entonces, Richard se metía una flor en la boca y me la daba como alimento ya masticado por el vicio. A causa de aquel pedazo de pan, de aquella esponja de agua empapada en vinagre, yo estaba enamorada y trastornada.

Puede que nadie hubiera visto aquel horrible teatro que había detrás de mí. Él era el único titiritero. Llevaba años manejando ese lenguaje tempestuoso y difícil, como un director que se oculta en el patio de butacas. Durante años yo había bailado sólo para él, durante años él había sido el único autorizado a mirar debajo de mi falda. A sabiendas de que un gran sortilegio me obligaba a vivir y a morir sobre el escenario de mi yo.

Afortunadamente, Titán no tiene ni conciencia ni honor y todo le da absolutamente igual. Tanto es así que cuando camina sobre la tierra, parece que camine sobre el paraíso terrenal. Si tiene hambre, coge la primera manzana del palo mayor. Él, que debería ser quien pusiera a salvo el primer bote salvavidas.

Fue durante aquel encuentro sublime sobre la hierba, durante aquel encuentro bucólico y sin esperanza cuando los dos, Manganelli y yo, quemamos el hechizo de nuestras viejas manos para entrar en el castillo arrebatado de los sueños. Cuando todo, incluso nuestra ceguera interior, se destruyó para dejarle sitio a una concepción, a una visualización de la vida más adulta y sin duda más profética.

Manganelli nunca se habría atrevido a pedirme el precioso don del amor.

Recuerdo muy bien su sonrisa ligeramente torcida, henchida de curiosidad infantil. A mí la figura de ese hombre de veintisiete años me parecía vieja y previsible, cuando en realidad era joven y ardiente, un amante o paladín.

A menudo le escribía largas cartas desde la cama, en las que denunciaba lo impúdicos que eran los ambientes del centro de salud mental. Y Giorgio, que insistía en mis virtudes literarias pasadas y en mis ardores juveniles, se tomaba muy a pecho este chantaje estúpido y vil. Estaba resentido y disgustado por lo que me había sucedido y no se apartaba de mi lado, como un investigador entregado. Hasta el trágico día en que sus huesos quedaron destrozados.

Durante cuatro años, Michele estuvo retrasando la boda. Y andaba gritándome al teléfono que dejara al padre Richard, que no era para mí, que iba de cabeza a convertirme en una delincuente. Hoy Richard es un vacío de amor, se ha convertido casi en un santo. A él le gustaban mis poesías, las leía y le parecían extraordinarias. Tanto que las guardó en el cajón. Ese cajón es ahora de Titán, pero dentro ya no hay poesías.

Qué agradable abrir las ventanas por la mañana y respirar el aire fresco del Naviglio y el olor del agua de riego de los jardines. Es una sensación de frescor, la frescura de los veinte años. Ettore y yo nos sentábamos en el balcón a respirar a pleno pulmón, cogidos de la mano, risueños y felices como dos niños. A mi marido le gustaba nuestra casa, la encontraba sistemática y pura.

Como toda niña de buena familia, yo tenía un muñeco de plástico que durante años fue mi único juguete. El muñeco terminó pareciéndose tanto a sí mismo que un día quise operarlo para encontrar el resorte de su identidad. Regordete y risueño, con las manos abiertas como el Niño Jesús, no emitió ningún sonido, no dijo ni una palabra. Sólo quedó un muñeco destripado que tuve que rellenar con salvado. Lo mismo sucedió más tarde con un hombre a quien quise mucho y que era Giorgio Manganelli.

Ayer, mientras Gerardo cantaba en el coche, el corazón se me desgarró.

Pensaba en las bellísimas canciones que Richard escribía para mí y que me cantaba con su incomparable voz. Era un tenor ligero, exactamente como mi padre. Y su voz recorría la iglesia entera como una profunda, ligerísima caricia. Cuando empezaba a cantar, yo escapaba del claustro y me iba a llorar sobre un banco de piedra. Y el vagabundo del delirio venía a consolarme estrechándome entre sus brazos mugrientos.

Gerardo se parece mucho a mi marido y en cierto modo espero que se comporte como él. Espero que también se haga cargo de mí y que recuerde, como si eso fuera posible, haber vivido conmigo el manicomio, y que me colme de gracias y atenciones, tal y como hizo Ettore después de mi resurrección.

Lo que Gerardo no comprende es que mi marido está muerto y que ya no le puedo contar a nadie que estoy cansada, que soy vieja y visceral como una madre, pero que reboso amor como cualquier amante. Yo misma sé muy bien que no puedo salir de mi ciénaga.

Profesé un amor dulce por un pequeño *carabiniere* de aspecto juvenil, fogoso y rebosante de gracia. Me había visto llorar cuando iba camino del periódico para soltar los eructos de mi pasado y le pedí una manzanilla y un poco de miel para la tos.

El *carabiniere* llegó por la noche y no me trajo nada, pero anunció que estaba dispuesto a ser mi escudero. Me hizo proposiciones amorosas y navegó por los aires como hacen los niños. Comencé a hablarle de mi triste lucha a favor de la ley Basaglia.[4] Pero el *carabiniere* tenía los ojos puestos en mi blusa y no los quitaba de ahí. Me quedé de piedra cuando al día siguiente volvió sin la manzanilla.

Todo hombre tiene una esposa desde que es niño; la elige solo, como un rey, para cuando sea mayor. A esa mujer no la encontrará jamás, pero se sentirá casado con ella desde la primerísima infancia. El hombre nace casado, sobre todo si es un intelectual. Se casa con muchas, hace infelices a otras tantas, pero el hombre serio de nuestro siglo no ha desflorado jamás a ninguna mujer.

El hombre sufre por el mundo, por la poesía, y no tiene tiempo para amar. Y si ama, la mujer debe estar dispuesta a seguirlo sin dejarlo nunca, sin decirle que siente hambre o frío, que necesita amor. Son esas hembras abandonadas y desposeídas las que morirán de pasión y privaciones, pero será con estos hombres con quienes participen en las grandes guerras, cuando no en las grandes conspiraciones. A las mujeres no les corresponde nada. El latido de un libro recién salido del horno, un gracias por la mención en la sección de cultura y pare usted de contar. La crueldad que estos hombres muestran hacia ellas es terrible, pero para la mayoría, muestran una enorme caridad.

Así que la mujer debe desaparecer, mientras él, hombre victorioso y en absoluto frágil, la arrastra por el pelo de acá para allá en sus gloriosas incursiones amorosas. Pero ninguna lucha sería posible si no hubiera una mujer destinada a seguirlo y morir por él. Siempre y cuando no tenga la presunción de ser un poco hombre y de estar un poco loca, como todos los héroes.

Los puñales de Guido son puramente poéticos. Va por ahí armado para poder cantar libremente. Su chaqueta arrugada da cuenta de cómo él mismo se arruga en su mente. Nadie logrará nunca plancharle las chaquetas.

Así que Titán apareció por casualidad, durante el delirio. Por casualidad, como tantos otros maleantes que sabían de mi pasado en el manicomio. En aquella época me extrajeron, me quitaron aquella muela de hacía tantos años. Estaba feliz, ahora que por fin había olvidado todo mi amor por el padre Richard. Era una prueba de la degradación de mi locura. Había inventado una nueva. Una locura hecha de un poco de análisis y un poco de amor, de mucha voluntad, de muchos sueños y de fuertes neuralgias.

Estaba pendiente de algo que me interesaba mucho, un cierto poder oculto, un terrible poder psiquiátrico que era el del fin de los hijos. No podía condenar un estupro moral y físico, pues estas personas sabían que yo tenía un pasado terrible.

Entre Titán y yo había una película sutil, una feliz membrana de escucha.

Cuando nos íbamos a la cama, caía para ambos un telón silencioso, apenas velado, contra el cual los dos llorábamos en silencio. Si le decía que él había estado en la cárcel, Titán me golpeaba y se ponía a gritar: «No tiene usted pruebas». Pero sí las tenía, porque lo sabía todo de él.

Por mi parte, era incapaz de verlo elegante y libre sin sentir una profunda envidia y un gran deseo de pisotear a aquel hombre falso y comedido que se estaba metiendo en los recovecos de mi alma. Maldecía a la mafia, pero maldecía también a Falcone y me decía que era el hombre con mejor olfato del mundo.

Mi mísero dinero en las manos de Titán eran migajas que él arrojaba a su paso, como Pulgarcito, para encontrar el camino de vuelta.

Titán llegó a mi vida cuando Dios desapareció. Y cuando comprobé que cualquier desgraciado podía destruir la Iglesia. La Iglesia era para mí el resorte vital de la vida. Era la vida misma. Pero un día, el canalla del portero me acusó. Me acusó de frenesí religioso, de manía religiosa, o mejor dicho, de lascivia religiosa. Que la Iglesia no me defendiera me resultó insoportable. Así que también abandoné la Iglesia.

Alberto es otra cosa, es especial, a veces pienso en él como un hombrecillo de mantequilla concentrado en amasar figuritas y dulces para la imaginación. Alberto tiene carisma, no quiere poseer, enredar, comprender. Sólo quiere componer; es, por así decirlo, una persona compuesta, absurda, indomable. Es un domador de leoncitos enjaulados, como yo. Viene a mi casa a todas horas y atraviesa kilos de basura, sin dignarse a mirar siquiera el polvo de los libros, de los muebles, de las telarañas.

De vez en cuando abre la palma de mi mano, la besa y dice: «Es la hostia inmaculada de nuestro crimen, el tuyo y el mío».

Nunca me ha tocado, nunca me ha visto ni desnuda ni vestida. Alberto nunca me ha visto. Sólo me ha soñado y me ha cantado como le habría gustado que fuese. Intenté llevármelo a la cama y se durmió feliz, sin dejar de soñar. Igual que hizo Nicola, igual que hace Titán. Se duermen en mi

cama como si yo fuera la vieja Petronilla[5] del *Corrierino dei piccoli*.[6] A veces le grito a Titán: «¡Sócrates ignorante, yo soy tu Jantipa y quiero que te envenenes!». Entonces Titán se vuelve hacia mí y dice: «Bueno, es hora de que me dé usted un beso».

A Alberto se las hice pasar canutas. Lo llamaba tardísimo, a las tantas de la noche, para pedirle que me trajera un paquete de cigarrillos desde Osnago. Desbarataba todos los suministros, la luz, el gas, el teléfono, para obligarlo a repararlos, para hacerlo venir a mi casa. Cuando le propuse que se casara conmigo, Alberto me pidió una semana de tiempo porque tenía que pensar en una niña. Esa niña era yo.

La belleza no es sólo un hecho estético. Es un hecho jurídico. Más de una vez había oído decir al padre Richard y a otros sacerdotes que la belleza, o al menos el atractivo de una mujer, obstaculizaba su desarrollo religioso. El desarrollo religioso es el balanceo de una cuna infantil, donde Dios coloca con beatitud a los hombres. En realidad, la religión exige hombres de hierro que estén dispuestos a todo, pero desde luego no a depositar su patrimonio sexual fuera del convento, entre la carne fresca y bien fermentada.

Anoche, volviendo con Gerardo y su amiguita, me di cuenta de lo bien que conocían los rincones secretos del Naviglio, esos reinos ardientes donde se insinúan pecados y extrañas voluntades de amor.

Querido Guido:

Qué mes de soledad sin tu presencia, sin tu hermoso nombre (qué fea soy frente a lo que escribo), sin tu figura de hombre felizmente casado con un ideal de poesía. Cuánto te he esperado. También la mujer de enfrente, que, aunque no me lo decía, estaba claro que quería verte. Fuiste el príncipe y el íncipit de tantas palabras no dichas, de tantos anhelos literarios, de tantos apetitos satisfechos apresuradamente en los restaurantes del barrio menos elegante. Tú y Roberto siempre fuisteis los grandes misterios de mi vida, dos grandes traidores de mis ideales, pero también dos grandes comerciantes de ideales. Nunca tuve celos, Guiduccio, de tu pobre cuerpo, pobre porque se aferra a la rutina de todos los días, pero sí de tu espíritu, de ese espíritu un poco frío, un poco calculador, sobre todo muy prolífico, que abarca exactamente lo que dura un día. Ningún hombre ha sido para mí tan crucial como tú, ningún hombre me ha brindado tantos placeres en privado. Empiezo a creer que fuiste tú quien vació mi casa de tensiones, para entender qué había detrás de toda esa chamarilería que constituía la mentira de la vida de una poeta que ya no era joven. Nunca me he teñido el pelo y nunca lo haré. Llevo años esperando a que se vuelva blanco y pierda esa horrible forma de rizarse que tenía cuando era niña, ya una pequeña nómada

de los sueños, ya una pequeña paria, una niña eternamente castigada que vete a saber por qué quería tener un padre como tú, un padre que le enseñara a jugar y no le pusiera en las manos un frío libro de texto.

Quien me ha atribuido el epíteto un poco doloroso de poeta del amor se ha equivocado. Nunca he sido una mujer de amor y tampoco una mujer inútil, sino una mujer de acción que ha escrito sobre el amor a la fuerza, como un grito de venganza. Porque el amor incita a la venganza.

Sufrir es un arte. Hay que aprender a sufrir. Y sobre todo hay que sufrir sin redimirse. Porque incluso la panacea de la Iglesia, que acoge tu confesión y decide que no volverás a pecar, erra. La Iglesia sabe muy bien que el pecador es su mejor cliente, que la llamará cuando esté ante la muerte para ofrendarle innumerables crímenes. Y la Iglesia lo absolverá, porque también la Iglesia tiene un miedo sacrosanto a la muerte.

Quien no tiene miedo a la muerte es el poeta. Quien la desafía todos los días. Quien la busca. Quien se alimenta de comida inapropiada, quien se levanta a horas inapropiadas, quien se junta con personas inapropiadas y decide vivir de otra manera es siempre y únicamente el poeta. Por la poesía su alma se ciega, se apasiona y se domestica. Mi amor es un amor sáfico. Sólo he amado a los hombres cuando me han parecido tiernos y muy dulces.

El secuestro

Manicomio es palabra mucho más grande
que las oscuras vorágines del sueño,
aun así en aquella época llegaba alguna vez
una porción de azul o un canto
lejano de ruiseñor o se entreabría
tu boca mordiendo en el azul
el feroz engaño de la vida.

No sé qué tengo que ver con la luna, ni si al final me adormece. Sólo sé que no la miro jamás.

Antes, cuando la luna subía al cielo, es que era hora de volver al convento. La misa y el abandono a tu voluntad, y nuevos nacimientos.

Antes aparecía con frecuencia por el minarete de tu locura.

Ahora, esta luna debería sacudir mi ropa interior.

Ritual teatral

La loca: «Soy una silla, una silla en la que no se sienta nunca nadie. No sé si está hecha de azulejos o de linóleo, o si está recién barnizada. ¿Quién me ha barnizado las manos? Un celador, supongo, aunque ayer tuve una visita. Una palabra, pa-la-bra, palabra, palabra, me besa los labios, pronuncio la palabra.

»¿Por qué he estado muda tanto tiempo? Colocaron cerca de mi camastro, si es que se lo puede llamar así, una pequeña ampolla de aire.

»Sin duda es Venus de celebración, pero si yo soy Venus, ¿a dónde han ido los querubines? Palabra de Venus que conseguiré soportar esta vida infernal, porque en el fondo mi madre no era tan mala».

Se sienta, quebrantada.

«Tengo un vago recuerdo de mi madre, debía de ser una pandereta enorme, un oboe, una mujer con una barriga y un soplido inmensos, tal vez la música.

»Me pregunto por qué me dejan sola.

»Hablé hasta ayer, pero no veo ninguna herida en mis manos, empiezo a pensar que tengo sangre de dioses.

»Una única silla, y encima rota, ninguna mesa, ni una gota de tinta y el negro de la inquietud».

Entra un cojo, un jorobado, con aire festivo, y le dice a la loca: «¿Sabes que eres como yo?».

«Eso no es cierto, yo soy la armonía».

«¿Y quién te ha dicho que un jorobado no es armonioso?».

La joven lo mira: «Tú podrías ser la fe en la armonía».

«Vale, pero por lo que yo sé, la fe nunca ha esbozado una sonrisa. Al menos, podrías tener la caridad de enseñarme la fe».

«No hay escuela que enseñe lo que devora la carne, es decir, la pasión».

«¿Eres una persona apasionada?».

«Creo que sí, considerando que me encerraron».

El jorobado se sienta: «Dime qué es la pasión».

«Una fe árida, una fe sin camino».

«¿En qué sentido? ¿Es que no quieres reunirte con el amado? ¿Sólo quieres sofocarlo?».

«Es un asesino. No, una mentirosa. Hablar puede ser más grave y doloroso que moverse».

«¿No será que quieres convertirte en poeta?».

«No, por el amor de Dios. Pero me gustaría ser un hombre. Puede que así no me hubieran encerrado».

«En mi opinión, se equivocaron».

«Es posible, pero la pasión no está muerta».

«Entonces ¿puedes amarme?».

«No es eso, es la idea de la pasión la que no está muerta».

«¿Quieres decir que pudo haber pasión y no la hubo?».

«Fue una cuestión de clarividencia. ¡Qué muerte de la pasión habría sido la pasión!».

«¿Entonces?»

«Espero a que pase aquí, entre estas cuatro paredes».

«¿Durará mucho tiempo?»

«Los astros me han dicho que sí, que durará mucho tiempo, diez años, diez larguísimos años».

Un adivino aparece en escena. Lleva un manto azul; en la mano, una cimitarra: «¡Por Dios!, yo soy la luz de los dioses. Jamás ha existido un ser que no se haya doblegado ante mi pasión de adivino. ¿Ante mí, adivino? Ante mí, persona real capaz de demostrar sus verdades, las trayectorias de la luna, las angustias del sol, ese cortejo de cosas que los hombres no pueden entender. No comprenden que están gobernados por las estrellas que se mueven con ritmo regular, que son eméritos seniles. La naturaleza les ha dado piernas, hombros, brazos, ojos sólo para seguir a los adivinos. Para la plebe, para esos plebeyos que vienen a preguntarme qué será de ellos mañana, yo soy más que el médico, más que el sacerdote, más que el mismo Dios. También puedo maldecir a esta raza infame. Echar sermones. Sin embargo, paraos a pensar un momento: yo no puedo nutrir el amor; de lo contrario, tendría que ir yo también a ver a un adivino. Por lo tanto, soy un arcipreste, o un archidemonio, o el rostro mismo de Belcebú.

»Quiero preguntarle a esa loca si sabe algo de las raíces de las plantas. Pobre diabla, ha llegado hasta aquí por amor, mientras que yo soy un macho cabrío impúdico. Pero ¿llegará a saberlo alguna vez? Los dos encerrados en la misma jaula, ya ves lo locos que están los hombres. A esa loca le haría un hechizo, haría que se enamorase de verdad de un unicornio, no se merece más, una bestia que no existe, un alma confinada en un vegetal, una semibestia.

»Mirad dónde he acabado por unos cuantos metros de manto. Pero en el fondo, si quiero, puedo volar, precisamente con las alas de Belcebú».

Sale de escena con una risa obscena.

El lirio: «Somos treinta en el jardín de Affori y los locos nos pisan, pero ¿quiénes son? Yo, por ejemplo, soy un lirio y pienso por mí mismo. No puedo caminar, estoy en un macizo. Tened en cuenta que el hombre camina y, sin embargo, no se mueve: ¡la gran ilusión del hombre! No sabe que está anclado a sus raíces.

»Por la mañana esa rubia loca viene a olerme, por la tarde me baña en lágrimas, por la noche me tira. A pesar de todo, a pesar de que me usa como un adorno, no sabe que yo soy su vida, su único pensamiento. A pesar de que me besa, no sabe que soy su amante, su único amante.

»Intenté decirles a sus compañeros de fatigas que estaba demasiado sola, pero ni siquiera tengo voz, porque soy un lirio. Hasta las flores gritan por la noche, chillan desde sus raíces, pero nadie nos ha oído nunca. Pensad cuántas voces, cuántos chillidos y cuántos dolores atraviesan el manicomio, pero los chillidos más fuertes son los de las flores, que no se oirán jamás».

Una mujer gorda y mal vestida aparece en escena.

La enfermera: «No puedo no darles la razón a estos señores del manicomio, porque son auténticos señores, ¿sabéis? El mago, por ejemplo, qué gran hombre. La loca debe de ser condesa o hija de condes; ¿pagarán su rescate? Ay, soy un peón demasiado débil. Si al menos supiera cómo han acabado aquí. Miradme los tobillos, hinchados a fuerza de servir a estas personas que no conozco. Y sin embargo, amo a esta gente. ¡Qué educación tiene esa muchacha! ¿Y el mago? Si pudiera acercarme a él, le pediría que me adivinara el futuro, pero no me atrevo. Entre ellos hablan, a saber qué diablos se dicen. La rubia, por ejemplo, ¿vivió un amor en el pasado? ¿Tendrá hijos, un marido? Los médicos no me dicen nada: yo sólo tengo que lavar, barrer, preparar la silla para la loca, porque ella quiere la silla y luego ni siquiera se sienta. Se la pongo ahí y ella deja encima una vela. De dónde diablos saca la vela no lo sé, se la dará el mago o algún médico permisivo. Esta loca es un poco bruja; eso o hace el amor con el médico. Y a mí los médicos no me cuentan nunca nada».

Tengo la impresión de haberme caído de las paredes con un batacazo preciso. Vuelvo a estar tumbada en la cama. El hombre de las nieves, el hombre iracundo, el tema central de mi vida acaba de llamar a la puerta, acaba de traspasar la frontera de mi armonía. Todo se ha perdido. Tengo el sentimiento atávico de una vaga impotencia que ha ido a morir en una zarza llena de espinas. Pero Marcella me espera, Marcella. No, no se llama Marcella, sino Anna. Su voz es perentoria y estridente, como si dirigiese desde bambalinas en un teatro griego, en un hechizo feroz. Me quiere muerta, lo sé, me quiere definitivamente muerta.

Esta mujercilla huesuda, vertical, invisible y colérica es como una reliquia de

guerra. Conoce todas las palabrotas del diablo. Mi glorioso pasado le da absolutamente igual. Su pericia y su afán han borrado el pasado, y las espinas de su amor han sido revendidas, una por una. Has pasado del temblor de un cuchillo a otro, sin juego ni titubeo. Acaba de darte un frío electrochoque para demostrar que, al fin y al cabo, te ha salvado la vida. Pero en el fondo es para volver a poner todo en su sitio, cada válvula en su sitio. Como si no fueras una mujer, sino un mísero vestigio de guerra.

La trampa por fin tiene la mirada tranquila, te promete una eternidad alegre en el hospital psiquiátrico. Esconde una víbora, una medicina terrible. Pero dentro de su infierno, tienes absoluta libertad de movimiento. En este infierno puedes mirar con tranquilidad, ya nadie podrá darte caza y el atuendo es el mismo para todos: una bata azul, sin parches ni remiendos.

Miro de soslayo tus ojos, que hacen juego con sus maravillosos ojos. El hechizo es, sobre todo, que estás a salvo de su misericordia.

Por fin se ha acabado su mirada, por fin se ha acabado su lenguaje obsceno. Te ha arrancado el amor del vientre, del pecho, de la mente, incluso de las manos.

Su gesto criminal ha sido tan seco y sutil que aunque la hechicera Circe te amara en el pasado, ahora no ha permitido que partas hacia Ítaca. Es increíble salir del sueño con esta piedra sobre el monte, recuerdo perfectamente el peso que el episodio de la primera desfloración arcana dejó en mi memoria.

Y sigo sin comprender lo que dijo Richard, las advertencias firmes y virtuosas de su lenguaje, por qué se guardó para sí la única piel de mi persona. Hasta ahora no conozco ningún precedente. Me siento inmensamente culpable.

En Taranto hay una mujer a la que con mucho gusto le habría hecho un monumento, igual que a Roberto. La habría representado soltando mil palomas, como la primavera. A esta mujer la quise, era bellísima. Los abusos y las vejaciones de los enfermeros de Taranto la habían convertido en una pobre demente, pero su mirada viva, su melena azulada la hacían parecer una diosa a mis ojos. La habían encerrado allí conmigo y pedía ayuda constantemente. Los cuatro enfermeros que la vigilaban la violentaban sin cesar, y habían hecho de ella una diosa. Vencida y cansada, pero una diosa. Vita me quería y a su manera había aprendido a protegerme. Me habían encerrado allí porque no me había doblegado a los insensatos deseos de mis hijas, y las penas capitales impuestas al cuerpo de Vita eran una amenaza y un atentado contra mi vida. Pero ella era inteligente y lo había comprendido. Le habían dado a Vita treinta mil liras para que me golpeara y se metiera en el baño mientras yo me retorcía de dolor. Eso mismo hace ahora mi portero. Pero Vita, como los indígenas, se entusiasmaba con mis

collares y brazaletes: quería leer mis libros. Por la noche le explicaba lo que significaba el *Diario de una diversa* y ella lo entendía. Aunque también los enfermeros lo entendían, porque de vez en cuando alguno me hablaba con ternura. Con ella eran inflexibles, tal vez porque había matado a un niño, no lo sé, pero lo que sí sé es que para mí era una madre como las demás, y que si nadie la había absuelto, era porque nadie podía condenarla. Cuando salí de aquella especie de universidad de la locura, se agarró a mis tobillos y para irme tuve que arrastrarla hasta la puerta. Pero consiguió gritar a mi espalda lo que el ladrón le dijo a Jesús: «Diarista, ¿cuándo me librarás de este infierno?».

Esta iglesia solemne y amorosa, en la que tantos habían invocado con violencia mi pobre muerte, había desaparecido completamente de mi memoria. Alguien la había matado en mi cerebro con un acto incandescente e impuro para obligarme a descender al territorio interior de mi miseria, desarzonándome de golpe de mi pobre fe. Ya ni siquiera tenía una montura para ir en agónico peregrinaje a buscar a mi amado, y tenía la impresión de haber descubierto el infierno en mí. Tanto es así que ni siquiera me di la vuelta para ver qué podría haber pasado.

Me habían desheredado y apagado como una vela que huele mal. Todas mis propiedades religiosas y estatales habían desaparecido por culpa de la calumnia y la apropiación indebida.

Y sin embargo, ya desde por la mañana, la voracidad de aquel amor volvía a apoderarse de mis mejillas haciendo que se sonrojaran y se apretaran como si todavía fuera posible la vida, la felicidad de la muerte.

Me acuerdo de que cuando era pequeña me gustaba mucho Victor Hugo. Me encantaba ese libro maravilloso, *Los miserables*, por lo demás muy triste. Aquella imagen de Cosette que quería la muñeca, que la quería desesperadamente. Aquella muñeca tan indicativa de la falta de amor.

Y vuelvo a pensar en mí, en los días que precedieron al internamiento en el Vergani. Dijeron que había sido un internamiento voluntario. Nada más falso: en un internamiento voluntario no te quitan hasta los zapatos.

Fue un abuso del todo inhumano.

El agua es la sustancia indócil que impregna todas las cosas. Cualquier sobresalto se refleja en el agua, todos los miedos caen en ella; muchos temores, muchos fragmentos de sasolita, muchas esperas terminan por levantar un trono terrenal de culpa, sobre el cual el alma camina invariablemente.

La Tierra Santa no es el manicomio, sino ese estiércol caliente que cualquier enferma deposita dentro y fuera de sí misma y que

anatómicamente es un error. Ningún hombre tiene tanta tierra en su interior como para hacerse un camino hacia la muerte y ningún hombre ha sobrevivido a su propio terreno.

Pocos han caminado por los amaneceres de los manicomios.

Me acuerdo de esas vidrieras inmensas que le habrían venido de perlas a un gran pintor, por las que entraban, cálidas, todas las temperaturas de agosto. El verano en los manicomios no era excesivo, no tenía calor propio, precisamente porque nuestro ánimo no se incendiaba jamás. La pasión es intolerable, sí, pero nosotros conocemos la dimensión del silencio. Sabemos cuándo es el momento de dejar de hablar. Pocos creen en nuestras palabras, casi nadie. Pocos saben que tenemos un secreto tan irrelevante y tan grande que en griego podría llamarse alma.

En cualquier caso, el griego, el latín, las manos moviéndose sobre las teclas, los dibujos hermosos, los paisajes no tenían ninguna razón de ser en el manicomio. La cultura caía a nuestros pies todos los días como si hubiera pasado por la hoja de una guillotina. Muchos hablan de inspiración del alma y nadie de cultura. Cuando hablo del cuerpo, me refiero a la cultura, porque la cultura es un cuerpo. Si la comida modela el alma, la cultura modela los rasgos somáticos, vuelve visceral, o no, nuestra forma de sentir. Ningún poeta ha sido jamás un ignorante: si no contaba con los medios para construirse una cultura, los robaba con la palabra, el oído o incluso el amor. El poeta ha amado a los que le han ofrecido cultura, los ha amado igual que a aquellos que le han preparado la tierra, que han labrado en su lugar, que han formado tiernos macizos de flores. Puede que el poeta no sepa, cuando pasea por las calles, que camina acompañado de un séquito de viejas sombras amigas. Pero sabe que cuando no se habla de él tampoco se habla de estas sombras que se han vuelto gigantescas, que han sido y son su auténtica lengua. El poeta no es ambicioso, sino un oscuro adorador de sus muertos. Ni siquiera está triste, porque sabe que la muerte es, por naturaleza, serenidad. Si el manicomio es la muerte, entonces amo los manicomios.

Los sueños, esos absurdos visitantes, esas almas exangües de la noche, esas mentiras silvestres, están plagados de niños ausentes, de amores mal disimulados.

Los sueños que te presentan el mundo tal y como a ti te gustaría liberan a un cortejo de niños amorosos y alegres que cantan detrás de tu grandeza.

Querubines, ciclámenes ligeros, los sueños conducen a campos absurdos donde tú, *top model* de la angustiada visitación, te vistes con liebres imperfectas.

Y Caín te guarda el banco. Pero hay una sucursal maldita donde intentas enredar los hilos de un discurso despiadado. Donde el hambre te despierta a medianoche. Y piensas en Alberto, que tiene un gallo en el vecindario, un gallo que irrumpe en tu patio desierto con los ruidos de la mañana, con las

barbas rojas de lujuria, con la jerga despiadada del amo demente de un desierto. *A posteriori* me siento como una garduña que traga metralla.

Los años de la memoria fluirían mejor si no chocaran contra los bancales del dolor. El dolor que he sufrido yo no es un dolor humano.

El obstruccionismo, el chantaje, sobre todo las calumnias han atrapado entre sus garras también a mis hijas, confiadas a otras personas. Ahora me siento como una mujer envenenada hasta la médula, hasta las raíces.

Ya no tengo ganas materiales de vivir porque comprendo que todos me han engañado, incluso yo me he engañado a mí misma. Siempre confiada, le tendí la mano a todos aquellos que se asomaron a mi destino, y a cambio recibí odio y deshonra a puñados.

Todos intentaron construir su propia leyenda sobre los cimientos de mi manicomio. Quisieron cambiar el curso de mi historia. Y así fue como me encontré sola como un perro, porque ya no bastaban ni mi belleza pasada ni mi talento, ni siquiera mi resignación ante la muerte.

Siempre me he sentido cerca de la muerte. La he considerado una hermana desde que era una niña, porque sentía que era compañera del amor. He dialogado con ella, he retrasado su llegada, incluso la he amado.

A veces, alguien me enviaba la muerte bajo la forma de una palabra vulgar, de una proposición obscena, pero siempre rechacé la muerte encargada por otros. Sólo conozco mi muerte natural, cuento con ella desde hace mucho, espero a que me arrebate una vida que ahora me parece invencible.

Tengo la sensación de durar demasiado, de no conseguir apagarme: como les pasa a todos los viejos, a mis raíces les cuesta separarse de la tierra.

Por lo demás, a menudo les digo a todos que esa cruz injusta que ha sido mi manicomio no ha hecho más que revelarme el gran poder de la vida. Y contra ese poder ninguna fiera ha podido hacer nunca nada, ni siquiera el más brutal de los deseos.

Cuando un poeta entrega sus versos con la intención de regalar sus propios sufrimientos, sus angustias, sus mil almas, los demás deberían agradecérselo. Porque el poeta, con los ojos enrarecidos por la locura, mira también el destino que les aguarda. Las hojas del destino son vagabundas, resbaladizas y están llenas de besos ocultos.

Por otro lado, estas ninfitas, estas flores del mal de la psiquiatría, estas asistentes de la paranoia, estas absentistas del bien, ¿cómo podrían vivir si no sisaran de las pensiones de los inválidos? ¿Cómo podrían mantener bajo coacción a sus pacientes sin la mirada atenta y perspicaz de la vecina, portadora del mal y del bien públicos? Cada derramamiento de sangre la

hace reír y deviene un maná de oro para la mafia de todos los días. La sangre humana siempre ha sido señal de sacrificios y grito contra el impío. La víctima a veces se escoge del mejor grupo. Y como el enfermo crónico no vivirá mucho, qué más da entregarlo a los jueces de menores acompañado de sus propios hijos para hacer con ellos un horno público, donde la instrucción alterna con la prostitución.

Anoche, Serantes, un poeta español, me dijo que el toreo es una cuestión de estilo e impacto y que incluso el monstruo sacrificial de la arena sigue siendo un símbolo religioso. Pero poner banderillas venenosas en el cuerpo de una mujer herida, de un marginado herido, es un signo de perversidad y podredumbre moral. Todo aquel que se preste a participar, a ser portador de las llaves, debería ser penalizado. Por consiguiente, ¡que vuelvan a abrir los manicomios para los psiquiatras de mala voluntad!

Uno también puede nacer fuera de su tiempo.

Si pudiera contar en primera persona aquellos años de los que sólo Marina, Chiara, Nicola, el mismo Vanni y yo somos testigos, diría que ninguno de nosotros entendió quién movía los terroríficos hilos de ese engorroso tormento. A través de mis muros, a través de mis peregrinajes, a través de mi desesperanza, he llegado a comprender que cualquier error imperceptible puede ocasionar catástrofes políticas de enorme envergadura. Porque las instituciones psiquiátricas se regían por una legislación y una combatividad impías, pero fuera, en el exterior, nada era evidente, y por la noche, a escondidas, ocurría lo impensable. Alguien le había dado las llaves a la vecina para que vigilara mi comportamiento por las noches, para que espiara con quién dormía, y de qué otras porquerías era susceptible mi pobre vida. Hasta que aquella me atribuyó todas sus deprimentes impiedades, toda su vulgaridad criminal. Nadie lograba comprender que, estando en Milán, yo siguiera viviendo con firmeza y obstinación la vida de Michele, y que continuara padeciendo aquel mal de África que tanto me había hecho amar al padre Gabriele. Las operaciones en frío de Escalante en el torbellino psiquiátrico que eliminaba los impulsos afectivos más naturales y simples, que desviaba los deseos y hacía de mí, y de los otros pacientes, un monstruo literario, me habían conducido a un odio y a una imprecisión lingüística tales que sólo escribiendo podía coordinar las letras que me venían a la mente. Se hacía política interna, eso estaba claro, y política sucia. Nunca supe quién manejaba mi dinero ni con qué criterio. Durante mis internamientos, por así decir, voluntarios, el médico de guardia brillaba por su ausencia, y cuando me quejaba, me decían con lágrimas en los ojos que lo esencial era que yo estuviese presente. Este monstruo inviolable e inaccesible gozaba de la protección de un movimiento terrorista secreto y de toda la delincuencia juvenil del barrio, por lo que sólo ahora comprendo la muerte blanca de Pasolini. Blanca porque ese hombre, tal y como yo lo conocí en

vida, claramente no podía albergar ninguna mala intención frente a un chico que quería chantajearlo. E incluso si lo hubiera hecho, no era necesario matar a un genio para declarar públicamente que la delincuencia juvenil tenía primacía sobre la cultura.

Empiezo a comprender que se me malinterpretó; yo no era poeta, debía de ser un gran faquir, un sabio. Soporté cosas vergonzosas sin decir ni mu, buscando las razones del mal. Comprendí que el mal no existe, como no existe el bien. Entonces me volví nihilista: por la mañana me mido la tensión, me tomo el pulso y pienso en cuántas horas me quedan antes de subir al patíbulo que es la vida. Les ofrezco mi cabeza a mis editores, que dejan que me vaya otra vez. Igual que pasaba hace años en el manicomio, cuando todos los días nos llamaban para pasar lista y luego dejaban que nos fuéramos: una tortura que duró diez años. Hasta que una gran ráfaga de viento, puede que una gracia, puede que un gran truco de ilusionismo, me sacó de entre aquellas rejas. Y empecé a preguntarme por qué había acabado allí, y aquello se convirtió en una segunda tortura.

Cuando alguien me ofrece su amor, pienso que me está engañando, cuando un médico quiere curarme, pienso que no volveré más a su consulta, así es como me escondo del amor. Me aferro a mi manicomio como a la propia vida.

Puedo entender la enfermedad, pero no el odio. El odio, la usura, la maldad son delitos que hay que castigar. Quien hiere al prójimo es otro Caín. Quien no se hace cargo del dolor de su prójimo merece la picota.

Titán ha desaparecido para no tener que contarle a nadie que yo también estoy secuestrada.

El bachillerato de mi capacidad para la poesía comienza con las burlas del espíritu, lo que a menudo se conoce como resistencia atea hacia los demás. La justicia divina nos enseña una división ecuánime de los bienes y una proporción ecuánime de la felicidad. Pero el hombre no tiene en cuenta la estructura elemental de las cosas, que el hermano debe amar a su hermano como Caín y Abel, y parece más proclive a dejar de amarlo para asumir una individualidad absolutamente cruel. En este sentido, también yo fui despojada de mi bien, fueron los otros y no yo los que vivieron la historia musical de mi existencia, que también es una historia musicante, una historia que te acompaña con el tamtam de la iglesia, casi como si la Iglesia quisiera que asumieras el rol de la concupiscencia. Voy a decir algo absurdo: la Iglesia siempre ha sospechado de la mujer, considerándola una cosa, un objeto de deseo y de pocas entendederas. Mientras que la marca de la mujer es la belleza vista en la totalidad del Señor. Si Dios hizo al hombre a su

imagen y semejanza, y si Adán era un ser de gran belleza, la mujer tenía que ser a su vez dócil y serena, como si la belleza de Adán incluyera la costilla de su gracia. Así es como, sin siquiera saberlo, llegamos a encontrarnos entre los vivos y los muertos.

Me retienen en casa bajo un nombre falso, como en Taranto. En el Salentino vi a una mujer muy asustada merodeando por la casa de la hermana de Michele. Era polaca, una pobre inmigrante polaca que tenía tres hijos. La custodia había pasado a la abuela, que dormía como una bendita en una cama enorme. Vi una cámara de tortura que habría espantado a cualquiera. Estoy segura de que esta gente ha vivido siempre sobre las piedras de la soledad y del dolor.

El internamiento en el Vergani tenía un sentido: el de la demencia. La intención no era que te volvieras loca, sino que te desmoronaras. Pero la vida te deja un poso auténtico y peculiar. Esa suave pureza del mimbre, esas sillas recién trenzadas junto a la cómoda. Esas sillas vacías.

La enfermera que me bañó en el Vergani era rubia y despótica. Empezó tirando en un rincón las botas, por otra parte regaladas, que no me había quitado en más de seis meses. Luego mandó lavar una combinación raída, que nunca me devolvió.

Era una combinación bastante sucia, que tenía desde la época de mi último embarazo y de la que no quería deshacerme, porque mantenía vivo en mí el recuerdo de mis hijas. Olía a orina, como toda la ropa que uno lleva durante años. Y sin duda no favorecía los acercamientos amistosos ni los intercambios sexuales. Pero era lo último que me había regalado mi madre, con objeto de prevenir las enfermedades pulmonares. Me había salvado de muchas bronquitis. Seguramente la vecina, a la que le gustaba la lencería fina del centro, pensaba que aquella era una prenda repugnante.

Primero me hicieron lavarme en las ambulancias y luego en aquel desdichado tugurio. Que quería y debía reducir a cenizas mi amor.

Esta casa esconde muchos secretos. Por ejemplo, el perro de la vecina, que te despierta a las nueve en punto. Es un perro rollizo, lujurioso como sus dueños. Por lo demás, mi marido solía decir que esto no es una casa, sino un burdel. Hay una vieja bruja a la que ya no se la puede llamar así, pues su documentación se perdió durante la guerra.

Esta casa es la guarida secreta de unos ladrones. Y no sólo está el portero, están sus amigos, a los que ha traído para compartir el botín, puede que conchabado con el casero. Nadie les ha plantado cara.

Es imposible decir quién es el verdadero culpable, porque se ponen de acuerdo para repartirse los apartamentos y alquilarlos a precio de oro. En

cambio, no se sabe dónde está el testamento de Michele Pierri, a dónde fueron a parar mis contratos y qué fue del pobre Roberto Volponi.

Precisamente fue la vecina asesina la que me preguntó dónde había conocido a Roberto. Le respondí que lo había conocido en un lugar de dudosa moralidad, donde puede que estuviera ella, fantasma de dolor y de pena, mujerzuela que se hacía pasar por mi hermana. El pretexto de la parentela es crucial a la hora de ingresar a un sujeto y apoderarse de sus bienes.

Lo cierto es que aquí dentro alguno murió asesinado y muchos estuvieron secuestrados, incluida yo. El procedimiento psiquiátrico es uno de esos sofismas burocráticos que permiten retener a una persona, alegando que es por su salud. Y ahora pueden echarme a la calle incluso si estoy enferma.

Al igual que con Manganelli, la calumnia había empezado en el barrio. Antes, el barrio había sido una cosa anónima y gris, la misma grisura en la que vivo ahora, sin fiestas, relaciones ni ningún tipo de sociabilidad. El barrio al que vine a posar mis alas cansadas, amputada de mi casa y de mis padres, era un germen. Unas cuantas piedras chapoteaban en los patios, unas cuantas piedras malsanas. Aunque pobre y serena, ya era famosa. Iba a silabear mis versos a las piedras descarnadas del Naviglio. Había una, por ejemplo, que crecía como un árbol justo en el centro del patio de Ripa Ticinese, donde militaba un barbero que vendía droga a escondidas. En aquellos días ya existía el café de mala muerte, punto de encuentro de ladrones y canallas, donde Titán ahora vende sus objetos robados. La vieja Via Magolfa es un callejón medio escondido donde se fuma marihuana. La droga circula por el barrio. Richard formaba parte del centro antidroga del padre Eligio. Por eso la muy canalla no me dejó acercarme a él y me arrancó su recuerdo de la cabeza con un electrochoque que a ella le vino de perlas, pero a mí no.

Había sucedido algo extraño. No era tanto el electrochoque, sino la visión absurda, opresiva, constante, de ese canalla que tenía delante y que había terminado por volverme loca. Si sólo hubiera sido una obsesión no habría vuelto a levantarme, pero era una certeza. Las obsesiones no se mueven. Por lo tanto, él era de verdad. Y me trataba como si yo fuera un animal. Me obligaba a levantarme, a ir al centro, a meter los pies en la nieve, no me dejaba lavarme, me hacía sudar.

El día que me subieron al tren de Taranto y me dijeron: «Usted se vuelve a Milán con lo puesto», vi su cara en la pared y comprendí. Al llegar, estaba tan asustada que enseguida me puse a gritar. Y los demás dijeron que había regresado loca de Taranto, pero no era cierto. En el fondo, nadie me había hecho daño. En honor a la verdad, sí, alguien había intentado matarme, pero yo había conseguido salvarme. Me había salvado, sí, pero a un precio

infame. Verdaderamente infame. Y si a veces me porto mal, si estoy desesperada, es porque no consigo hacerme entender. No es que odie lo que hacen los demás, es que odio todo este silencio. Odio que no hablen. Los odio. Los odio no sólo por mí, sino por toda la gente a la que hacen sufrir privándola de amor.

Esta casa me gusta. Mi marido la adoraba. Cuando estábamos deprimidos me decía: «Venga, vamos a dar un paseo». Y volvíamos cansados, felices como dos chiquillos. Nadie entendió jamás nuestro amor. Nadie entendió nunca que mi marido me había ingresado por celos, porque estaba celoso como todos los hombres enamorados. Y después se arrepintió.

Una vez, precisamente en el manicomio, y hace poco, vi a un tipo tocando el órgano. Era un loco al que vete a saber quién le había regalado la pianola de un brigadista. El loco tocaba divinamente y tocó para mí, puede que sólo para mí, la *Marcha nupcial* de Mendelssohn. Puede que quisiera casarse conmigo. Otro lo miraba, ansioso por ahogarlo en injurias. Poco después, le dio una paliza por su talento y su ternura.

Pero es posible que algo no haya quedado claro respecto de esta experiencia abominable. Dejando de lado los estados de ánimo relacionados con el manicomio, estaban las puertas cerradas que escondían tantas torturas anónimas, las celdas, las mirillas tras las cuales tantos poetas fueron emparedados vivos.

Circulaban rumores disparatados sobre mí. Incluso C., que acababa de conocerme, enseguida dijo que yo era una mujer fácil. Pero luego cambió de opinión y me confesó que me tenía respeto, y estoy convencida de que así era.

Pero lo que yo necesitaba no era respeto físico, sino respeto moral. Y que cayera de mis hombros aquel manto de ignominia, aquel paño escarlata que durante un tiempo había sido mi enfermedad mental.

En el fondo, analizar la enfermedad mental es hermoso. La enfermedad es una vestal y también una vengadora. Tiene sus puestos de avistamiento y defensa. Y es crucial para ella tener ventaja sobre el cuerpo y la mente. Así nacen las somatizaciones que denuncian la presencia de un fraude altamente consciente de la escansión deseada por la libertad natural común.

Nunca pensé que caería en manos de un pirata del deshonor como este hombre que me vigila y a cuya mujer conozco. Conocía. Si el portero no sale nunca de su agujero, puede que sea por miedo a que alguien descubra que su mujer está enterrada en el patio. Tiene miedo a que alguien se acerque al

macizo de flores. Y probablemente me confunde con ella porque tuve la picardía de traer a mi casa los colchones raídos de la vieja portera. Lo he esperado a la entrada todos los días. Eso es justamente lo que he hecho durante todos estos años: estaba segura de que el asesino me odiaba y de que intentaría matarme. Pero no ha podido hacerlo porque yo era más fuerte que él.

Y de hecho, esa carroña asesina me ha hecho algo peor: quitarme a Titán. Pero no porque Titán fuera mío. Porque era de la vida. Titán no me pertenece, no pertenece a nadie, como yo. Y esa gente no se dio cuenta, le dio la espalda. La indiferencia. La madre Teresa de Calcuta habla de ella. Suele decir que el odio es mejor que la indiferencia. Muchas veces, cuando les digo algo malo a Maria, a Guido, o a cualquier otro, eligen no hacerme caso, porque entienden que es mejor no hacerme caso que darme la espalda. Lloro cada vez que la verdad se deja de lado.

Cuando uno se pudre por dentro, como el portero, hace que el hombre al que odia se pudra con él. Es inevitable: ambos se convierten en cánceres. Lo que me volvió loca fue la revelación de un médico que me dijo: «Ustedes dos morirán juntos». Me imaginé el rostro torvo del portero encima del mío, en el acto de morir. Su boca jadeante. Y su pene en mi vientre.

Fue un momento tan angustioso que me puse a gritar. Y me encerraron.

Cuando hablaba mal del portero me topaba con muros de desconfianza y silencio, como si todos me tomaran por loca. Hasta que intuí que debía de ser el albacea de algo indecible, tanto que los dos golfos, el de la palabra y el del sueño, ahora le daban la razón.

La mujer que me había lavado en el Vergani, sumergiéndome en una bañera anónima en la que habían confluido otros pacientes sucios y menesterosos, tenía que darme el sentido de mi pobreza, que se había mantenido vivo para defender a un gran poeta del que Manganelli era un amigo sincero y devoto: Michele Pierri.

En aquel tristísimo baño, todos mis recuerdos más dignos se ahogaron en un segundo. Aquella gran nobleza de ánimo que había sido la pauta de toda mi escritura en aquel momento.

Manganelli fue el poderoso asesino de mi juventud. El que la interrumpió con un acto de amor iniciático y catastrófico. El primer beso, la primera caricia, el primer encuentro sobre la hierba.

Fue en aquella confluencia de aguas enamoradas donde nació la palabra «vida». Y la vida se extinguió, tendida en los jardines de la alegría poética.

Quien dice que el poeta es un nómada, un ser sin patria, se equivoca, reduce a la nada el sentido de un cristianismo absoluto en el que la palabra,

previamente masticada y organizada por el poeta, es absorbida por otras bocas y saboreada como un mero reconstituyente.

Le había contado a Uliano Lucas que por la mañana, antes de que llegara Titán, había aprendido a tirar dos pesados zuecos contra las paredes y a llamar a mi vecina. Lucas me había dicho: «Siga usted así, todo irá bien».

Y de hecho, precisamente ese día, en el centro, un infeliz me había dicho: «Para el delirio bastan dos tabletas disueltas en un vaso de agua».

Le había largado al pobre tipo mil liras y me había ido hecha un manojo de nervios.

Por supuesto, había ciertas cosas que yo no podía contarle a Marina, que era tan pequeña y tan pura. Pero Marina sabía, aprendía enseguida de forma natural. Lo sentía por ella, pero me decía que, con el tiempo, tendría el estómago que hace falta para vivir en este mundo.

Sí, por eso mismo yo había ensalzado tanto el manicomio: cierta dosis de controversia, por muy antinatural que sea, viene bien hasta en lo más profundo de las entrañas. Y mi estómago no me había traicionado.

Más peliagudo era el propietario de la casa, que había venido a saludar al portero aun siendo de día.

Había una mujer muy respetable que se estaba muriendo y ya tenía los pies helados.

Su pobre hija deficiente, que se llamaba Pasquale, metió en el horno una enorme tapadera, la calentó a base de bien y, acercándola a los pies de la anciana, se los quemó.

La pobrecilla intentaba apartarse y cuanto más se apartaba, más le acercaba la idiota el brasero. Tanto que acabó loca.

La locura es el levantamiento de unos poderes ocultos que se proyectan en una sola dirección y que de repente irrumpen en el trazado de una vida que poco antes parecía lineal. La locura es también un vínculo mágico con la realidad, es una forma de sacar las púas para enfrentarse a un enemigo que tal vez no existe, pero que sin duda ha preparado el terreno en la intimidad de su escondite secreto.

Titán no era más que un humilde guardabosques, ese al que habían enviado para matar a Blancanieves y que había vuelto con el corazón palpitante de un cervatillo. Y el cervatillo, esta vez, era mi niña.

Reducida a un cadáver, no era capaz de recordar mi propia muerte para declarar que la vida se había salvado. Pero en la mente tenía tantos límites y tantas esperanzas de soledad. Y tantos enamorados a los que acunar, igual que Cosette acunaba a su única muñeca. Al menos alguno, pensaba, vendrá a

verme en la carroza rosa acompañado de unos ratones borrachos.

Me imagino a Cosette viendo en su única muñeca de trapo todas las maravillas de los escaparates prohibidas a los niños.

Aquella serena pobreza, aquella única muñeca que tuve en las manos y que se llama manicomio, la acuné durante años esperando tiempos mejores. Los tiempos mejores han llegado y quien se beneficia de ellos tiene cara de hombre.

Siempre espero alguna crítica que me alegre, pero nunca me hacen ninguna que me guste, que sea inteligente, que ponga el foco en el fuerte interés que siento por mí misma.

Porque yo soy médico y como médicos locos hay muchos, yo soy un médico loco. De lo contrario, ¿cómo habría hecho para analizar el delirio amoroso, cómo haría para ir todos los días, disfrazada de zorro, al centro psicosocial? Porque demente uno nace y no se hace, aunque también es cierto que existe una profesión demencial que puede elevarte a altos niveles de poesía.

Digamos que la demencia es una obligación social enorme y que hace falta saber gestionarla. Pocos saben hacerlo. De hecho, cuando Maria Corti le dijo resoplando a Paolo Volponi: «Esta lleva toda la vida viendo a la Virgen», el bueno de Paolo le respondió cándidamente: «Y te parece poco, Maria».

Por fin lograron entregarle las llaves a la vecina de enfrente, siempre feliz de atormentarte y de hacerte seguir por un canalla que campa a sus anchas en casa, y que, teniendo en cuenta que está enferma y tiene marido, se ha aprovechado miserablemente de ti. Llegados a este punto la policía es quien debería intervenir, pero como eres un paciente pasivo, la policía no puede hacer nada, pues tu médico es quien ha dictaminado que eres peligroso y que debes mantenerte a distancia, y él es quien mandará a alguien para que compruebe si te has dejado abierta la llave del gas o quien administrará tus bienes sabiamente, separándote de tus hijos para bien o para mal, y haciendo que tus mejores amigos mueran.

¿Sabes quién era Carniti, Guido? Un hombre rico y escuálido, un hombre justo e injusto, pero hermoso, hermoso e imposible.

Guido: mi gran amor trabajó durante cuarenta años para dejarme una modesta pensión y me amó como ningún otro hombre. Además, puede que bajo los azulejos del baño escondiera una considerable fortuna en efectivo.

Ahora el portero se ha dejado crecer un bigote de estilo mongol, se exhibe por ahí cojeando como el pobre Ettore y endosa mis cheques.

En la comisaría lo quieren mucho, tanto que ha conseguido demostrar que lo engañaba con un subalterno.

Así consiguió librarse de Roberto y de Richard.

Pero ¿te imaginas, Guido, una pensión tan merecida y honesta, un

hombre tan hermoso e inquebrantable, ridiculizado tras su muerte de forma tan vergonzosa por un sosias lleno de sarcasmo?

¿Y a quién podría habérsele ocurrido una idea tan horrible salvo a alguien con una mente tan distorsionada y rígida como el rostro del portero?

A Ettore y a mí nos llamaban el brazo y la mente, pero él era el hombre del brazo de oro.

Tenía una mente pobre, tan pobre que si me preguntas si amo al portero, incluso ahora, miento y te digo: «Sí, lo amo», porque se disfrazó de Ettore y porque esa farsa infame apacigua mi corazón enfermo.

Y esto, Guido, es inteligencia criminal, la misma que usan los médicos, sí, la misma que usan los médicos cuando nos impiden a Richard y a mí hacer el amor.

No se sabe exactamente qué es la trampa. No es sólo el visco de la mente, eso seguro, es otra cosa. La trampa es real. No es sólo un engaño en el que uno cae y se hace daño sin querer.

Existe una especie de odio por parte de la sociedad hacia los que olvidan. Hacia los que, según se dice, viven alegremente. El portero me dijo una vez: «Mantenga la cabeza fría y no tendrá problemas». Bueno, es fácil no tener problemas cuando uno los arrincona o no quiere enfrentarse a ellos. Algunos tienen una habilidad sorprendente para tergiversar las cosas. Eso es algo que el paciente hace a menudo cuando tiene miedo de sufrir, cuando no quiere sufrir. Cuando no quiere mirar a la verdad a los ojos.

Sólo queda el perfil de alguien que se ha dejado la piel para demostrar que esa realidad existía y que se podía controlar. Porque todas las cosas reales se pueden controlar. El espíritu no se puede controlar tanto. Los líos surgen precisamente cuando se quiere controlar el espíritu, cuando se quiere saber más que Dios. Pero ahora Dios es una palabra muy fuerte. Una palabra contra la que el germen de mi vida se golpea.

Yo también era muy religiosa, pero la mía era una religión feliz, panteísta. Una religión que es metáfora, una religión que ve el devenir de las cosas en su felicidad. Después, de repente, el colapso. En esta gran dinastía de santos, en esta gran dinastía de poetas, la miseria humana es lo único que queda. Y una asistente te dice qué es lo que necesitas: la idea de Dios. Pero eso no puedes pedírselo a la vida. Hay violencias morales que te envenenan la sangre, que te extirpan hasta los orígenes familiares. Violencias que arremeten contra los que te dieron la vida. Y no hay nada que puedas hacer, porque te despojan hasta de tu origen, te dan otra identidad.

La única identidad que yo conozco es precisamente esta maravillosa identificación con Dios. Esta familiaridad con Dios. Esta conversación con Dios. Y a través de estas proyecciones, de esta confianza, veo mi futuro. Y mi presente. Pero la vida exige hechos, testimonios.

El poeta necesita personas que no irrumpan en su corazón, sino que se modelen a su medida, que lo sigan en sus trayectorias, en sus estados de confusión, en sus polémicas. Creo que en el fondo es bastante estresante tener una conversación conmigo, pero también a mí me resulta estresante, porque soy muy tímida. Uno no hace arte para que lo llamen poeta, sino simplemente porque ama el arte. Porque el arte es una segunda madre, porque cuesta mucho. Se paga con el ayuno, con caminatas inconcebibles, con calumnias. Todo esto amasa el pan de la crítica, pero también es la causa del hambre de los poetas.

Ni siquiera soy capaz de leer lo que escribo. Todos mis poemas los recito de memoria; a medida que los escribo, los registro en la mente. No tengo papeles; los pocos que tengo, los regalo. Michele Pierri solía decirme: «A ti la poesía no te importa nada».

No, la poesía no me importa demasiado: la poesía es una de las muchas manifestaciones de la vida. Es una forma de hablar y puede ser mala, buena, violenta o inútil. Es una forma de hacer teatro, una forma de disfrazarse. La poesía puede ser una máscara griega, un carnaval. Puede ser una dignidad que no se tiene, una dignidad que se sufre. Son tantas las definiciones de la poesía. Digamos que la literatura también puede ser una forma de sentir que se está loco. Pero la locura natural no debe confundirse con la locura del arte, ni con la locura de la santidad. La bella, gozosa locura de san Francisco, que renuncia a todo y se marcha, es como la locura del vagabundo, de ese vagabundo filósofo que se niega a pagar el alquiler y que duerme en la calle, precisamente porque no reconoce una paternidad humana, una paternidad social, sino únicamente una gran paternidad divina, cósmica. Y confiarse a la providencia es una forma de hacer poesía. Uno sale y se confía al azar, sale y va hasta el borde del pantano, sale y toca la bóveda celeste. Se gana un coscorrón, vuelve aturdido, vuelve más tonto, pero lo ha intentado: ha intentado escapar, salir, sobre todo ha intentado salir de sí mismo. Ha buscado una forma de llegar al cielo, pero ¿qué tipo de cielo? Se piensa en un paraíso dogmático, se piensa en un paraíso de dulzura, pero en cualquier caso se piensa en un paraíso. El hombre siempre ha sentido esta gran nostalgia del paraíso, del sosiego eterno. En recuerdo de una patria celeste que no es la evangelización común, ni la llamada al paraíso comunista donde todo nos será dado. No, es un paraíso de dicha, de contemplación. Nadie ha dicho que no se pueda alcanzar también en la tierra: a través de la filosofía, una fe de los sentidos, de la palabra, de las arengas también de sabor divino, puede llegarse a una especie de delirio casi oscurantista. Porque el hombre no puede comprender los mensajes de Dios, apenas los percibe. A veces siente la llamada porque, como decía un neurólogo, si los profetas son los hijos de Dios, los poetas son los nietos de Dios.

Y entonces el poeta debe hablar, debe tomar esta materia incandescente que es la vida cotidiana y convertirla en un maná de oro. Y debe registrar

esta confusión de ideas que a los ojos de los hombres puede convertirse en un fetiche. Pero aquello que constituye la comunicación con Dios debe convertirse en un lenguaje directo. No sé si vale la pena hablar tanto de la poesía. En cambio, creo que vale la pena hablar mucho de la vida y del sistema de vida, un poco más esplendoroso, menos condicionado, del que la poesía podría ser parte. Porque los pocos que leen poesía son los llamados elegidos, los aficionados a esa forma determinada de decir, de hacer, de vivir. Y son los solitarios por excelencia. Ahora la poesía debería ser un fenómeno un poco más extraconyugal, digamos, un fenómeno colectivo. Por el amor de Dios, no todo el mundo quiere, al volver del trabajo, leer a los poetas, ¡que Dios nos proteja! Pero la poesía educa el corazón, la poesía da la vida, tal vez pueda colmar algunas carencias incómodas, a veces incluso el hambre, la sed, el sueño. Tal vez también la herida de un gran amor, un amor que ha terminado o un amor que podría nacer.

Un terrible dolor de cabeza hace estragos en mí desde hace siglos. Es el terrible dolor de cabeza de quien encuentra arrebujado en la oscuridad el recuerdo de un amor prodigioso, en nombre del cual dividirá el mundo.

Los brigadistas nacieron así, los locos nacieron así, y hasta las madres encuentran la expiación en el amor.

Si pudiera advertir a mis hijas de que cada una de mis lágrimas se convertirá en una diadema, si pudiera garanti zarles la paz, iría donde el primer ministro del mundo y le pediría que las perdonase. Pero no puedo hacerlo. Su destino será pagar por mi demencia.

Ayer conocí a un policía municipal, un buen tipo que bebe pensando en su mujer, que está chiflada. Y me dijo la gran verdad de mi vida: «Querida Merini, usted y yo nos hemos casado con dos locos».

Fue justo después de aquel último y desafortunado internamiento cuando me convertí en un caballero irreprochable e intrépido y desperté la indignación del Naviglio, que me acusaba de ingratitud hacia el portero, un ser que, al fin y al cabo, era sociable y servicial conmigo. Por no decir algo peor.

Parecía el hombrecillo de mantequilla del pobre Pinocho, que cargaba a todos en el carro de los borricos y guardaba los billetes lejos del cajón de los pobres para evitar que estos pensaran que se parecían a Leonardo da Vinci o a Ptolomeo.

El tipo siempre te dejaba con los bolsillos vacíos, tan vacíos y tan secos que ni un pez podría haber nadado en ellos.

Y además, las universidades te decían que lo que te hacía tan dispendiosa e infeliz era tu enfermedad.

Tengo que dejar de hablar del manicomio, tengo que empezar a hablar sólo de ideas. El Salón del Libro de Turín me había cabreado. Hay algo en Turín que me perturba. Y es mi juventud pasada. Mi enfermedad, que empezó

justo allí, bajo la atenta mirada de mi tío, el teniente coronel.

Estoy feliz de ser un ángel enfermo. Un ángel que puede acoger la muerte con serenidad en cualquier momento. Estoy feliz de poder anunciar a todos que el pecado ha resbalado por mí como el agua resbala por la piedra del río. La piedra sigue en el fondo del lecho, aparentemente silenciosa, pero pulida y lisa, y ni la lluvia ni el viento pueden tocarla. Y sobre todo, la piedra del río, como la poesía, no podrá morir jamás. A pesar del pecado y a pesar de la santidad misma.

La familia

Nací el veintiuno en primavera
pero no sabía que nacer loca
abrir la tierra
podía desencadenar una tormenta.

Padre sin mancha y sin miedo, padre no escuchado, maravilloso compositor de cantos.

Padre sospechoso de amor, jurista loco, mi solitaria fatiga, némesis de mi vida, empleado de banco sin palabras, recaudador de mil laúdes. Padre de mi desesperación, que hiciste de mí una pura figurante.

Si te hubieras librado de esa muerte causada por el tabaco que tanto te degradó. Si pudieras verme en este momento aprisionada en la sábana híbrida del manicomio, tú, padre, morirías.

En cambio, duermes bajo las grandes hiedras y piensas lo mismo que Ser Bernardone:[7] que me he convertido en condesa, hija y dueña de palabras irrelevantes porque tú me enseñaste el árbol del conocimiento, tú me llevaste de la mano por las primeras hojas siendo niña.

Cuánto esperaste riendo a que te entregara el último boletín de notas de mi gran aprobado en poesía.

La mayor dualidad de mi vida fueron mi padre y mi madre. Yo, una hija que no encajaba en el medio, con un sexo que no me gustaba.

Intenté acercarme a la pobreza del dolor y ensayé innumerables veces. Yo era el centro del universo en su angustia. Pero sobre todo sentía que era su disparidad natural.

Nunca he visto a una mujer más bella ni más altiva que mi madre. En casa la llamábamos la montenegrina. Era alta, ligera y noble. Mi complejo de inferioridad comenzó precisamente por ella. Por esta mujer de rostro imperdonable, dotada de ese tipo de maldad que crece a la par que tú. Pero de una belleza casi inimaginable. La educación que nos daba mi madre nacía del terror que emanaba de su belleza. Era sólida y noble al mismo tiempo, rebosaba maternidad hasta lo inverosímil. Cuando reía, su rostro se llenaba de luces y sombras. Era absolutamente igual que la Mona Lisa. Pero más noble, más pecadora.

De niña, soñaba con una cosa: con no ser su hija. La timidez siempre me impidió declararle mi amor. Yo era una niña marginada. Una niña que no se relacionaba con nadie, una niña solitaria. Mi padre no hacía más que mirarme embobado, casi como si buscara en mí ayuda ante esa gran fuerza estelar que era mi madre.

N. seguía repitiendo que Alda Merini no tenía más valor que el de haber pasado por un manicomio. No podía seguir jugando así con el dolor. Alda Merini no tenía más valor que el de haber superado el manicomio. Y entonces, un día, le dije algo terrible pero cierto: «Ojalá tu hija corriera mi

misma suerte». Nunca me lo perdonó.

Unas Navidades, mi madre me regaló una muñeca y me dijo que era un niño. Lo llamé Piero, no sé por qué. Sólo sé que Piero estaba siempre en mi mente y en mi corazón. La muñeca no se movía, así que era responsabilidad mía convertirla en mujer. Mi madre me cosía vestiditos para hacerla más femenina, pero aquello no me convencía. Después de seis años de cuidar de aquella muñeca yerma, un día le partí la crisma. Pero Piero no derramó ni una lágrima, ni se desangró.

Otro día aciago, treinta años después, de repente vi a una mujer del Naviglio tirar por el balcón a un bebé enfrente de mi casa. Pero ella tampoco consiguió matarlo.

Un chiquillo que se llamaba Angelo llegó a mi casa sin aliento y me dijo: «Señora Merini, yo nunca haría algo así». Le dije que se sentara y que me contara lo que le había pasado. Angelo me habló de las horribles torturas que había padecido en los manicomios. Pero yo no entendí nada. Fui a ver al auxiliar de psiquiatría y le pregunté cómo era posible que esa mujer, que nunca había mostrado signos de desequilibrio, hubiera hecho algo tan horrible. Y también por qué Angelo se había asustado tanto. El auxiliar me dijo: «Fue una crueldad de los médicos: esa mujer necesitaba ayuda, pero la dejaron sola. Y él era la muñeca de Manganelli».

Del pobre Angelo no supe nada más. Sólo que otro día se metió en mi casa, también sin aliento. El portero lo vio y lo tiró escaleras abajo. Y así es como Angelo murió de verdad.

Oír que me llamabas mamá cuando estabas abajo en el patio, en el patio del canto.

Le dabas patadas a una pelota que sólo era tuya, porque eras lo bastante sabia como para volver a jugar con las chispas de la adolescencia.

Eso ya era abandonarme. Y yo no lo sabía.

Hace ya tres años que os espero, hijas mías, tres años largos e imposibles en los que el vacío de amor es la conciencia repentina de que hoy tampoco habéis venido. De ahí el miedo, de ahí la locura, de ahí el miedo a la locura.

Estoy firmemente convencida de que otros os han maltratado, de que otros os han maleducado. Y contra este tipo de disciplina errónea, insegura y jactanciosa, no tendría la más mínima piedad, ni humana ni legal. Quien se pone en el lugar de la auténtica madre es como si se pusiera en el lugar de Dios. Y entonces, brevemente, y de manera muy lacónica, os narraré las etapas de mi existencia, de mis dádivas personales y de mi pureza de madre. Porque cualquier cosa que os hayan dicho es mentira. Porque existe, hijas mías, una mentira cristalina y retráctil como la serpiente, que a veces los

niños encuentran incluso divertida. Pero no es más que una serpiente que se enrosca en el árbol de la vida. También vosotras habéis sentido sus punzadas, también vosotras habéis sentido el agudo deseo de abandonaros a esta mentira que era el mismísimo diablo. Yo intenté salvaros con mi poesía.

Y tú, amo del mundo, no podías librarte de tu madre, que llevaba un fardo de amor en su doloroso seno.

Ese pesebre de deseo, ese fino confín de la rabia del parto, tú lo transformaste en dulcísima leche por los pecados de nuestra palabra. De modo que todo poeta tiene sed de un mar de color amaranto en el corazón siempre verde de María, que arde de tormento religioso.

El niño que se ha convertido en hombre es el que crea, el que es poeta, artesano, maestro. Todos los oficios del mundo son creación. Ese quid amoroso que el maestro introduce en la relación educativa es su creación personal. Amor significa creación y limitar su significado a «Te deseo» es una reducción.

En el amor del maestro hay un adiós silencioso al niño que avanza hacia la vida. Lo mismo ocurre con la madre.

Cada madre se despide de su hijo en el momento del nacimiento y le da vida propia para que pueda convertirse en artista, pensador, creador, hombre.

Antes de entender las cosas, las conocemos de modo táctil, sensorial, para después expresarlas, en los versos del poeta, con el canto: una segunda sensibilidad que ataca embistiendo la esfera del espíritu.

El espíritu no es el alma. Si el alma es un depósito de pasiones, si la pasión se origina en el amor, es en el alma donde esta vuelve a morir, cegándola con la muerte. El alma insatisfecha muere por sí misma, pero el espíritu no satisfecho busca a Dios y, no siendo capaz de encontrarlo, a veces lo busca en la materia.

Sufrimos en este momento —y esto me lo comentó un taxista— de una congestión fálica del pensamiento.

El falo, el tótem, la religión onírica del hombre son el retrato de su fuerza. El yo es viril y si no es lo bastante viril, se inventa una virilidad.

Mi padre, que era tan tierno, lejano, devoto y ausente, tenía amantes imaginarias por todo el mundo, amantes de las que mi madre estaba muy celosa. Sentía un desdén increíble por los ladrones y los marginados. De corazón noble, señor de nacimiento, cultísimo a pesar de proceder de una familia numerosa, hizo todo lo posible por evitar que me casara.

De hecho, mi matrimonio no salió bien. Pero me lo había tomado como una pesada obligación social. También porque ninguno de los grandes

hombres de mi pasado me había dado ningún hijo. Y yo quería uno con el primero que pasara. En cambio, mi marido me amó, y esto fue para mí un gran dolor, una gran vergüenza.

Una vergüenza y un dolor que he sufrido siempre, también delante de mis hijas.

Todavía hay gente que muere de amor. Y ante esta constatación yo enloquezco.

La loca de la puerta de al lado existe realmente: es una vieja perezosa y borrachuza, coronada por una mata de falsos rizos, y chismosa como buena vecina de corrala. Estaba conmigo antes del manicomio y conmigo seguirá toda la vida. Una frágil mariposa de amor me une a ella, a pesar de que parece de papel maché. Esta mujer es una realidad exonerante, está encorvada como el demonio.

Pero cuando cogió a mi tercera hija en sus manos, le salieron unas alas de ángel. Habituada a abortos y partos clandestinos, consiguió que mi bebé se apeara en la orilla de la vida.

Lermontov, un poeta ruso, cuenta a menudo que las almas de los hombres atraviesan el cielo y llegan hasta la materia. Son inyectadas en el cuerpo con una larga jeringa llamada alma y allí se quedan maldiciendo, padeciendo sudores fríos, hasta que el envoltorio se rompe y el alma vuelve a Dios. Cada poema es por tanto un mensaje del cielo que dice: «Alma, vuelve a mí. Vuelve a tu cantor inicial, que es Dios».

Pero la mujer que elevé al nivel de Beatrice no es más que una pobre idiota, ansiosa cada día por volver a arrojarse en los brazos de su amante.

Una cloaca de vejez, una gramínea de hambre amorosa, un gran simposio de vileza. Esta mujer claramente no conocía el devenir dichoso de mi adolescencia, ni supo nunca nada de los grandes hombres que me dieron largas en ese tortuoso río llamado amor. Mi pasado, que ella ignoraba, la volvía verde de envidia. Y yo no podía hacer nada al respecto, porque cada amor había sido verdaderamente un acontecimiento maravilloso en mi vida.

Estaba en los brazos de Titán para escapar de la muerte que venía de los centros de atención psicosocial. Y para aliviar por un momento el cansancio que suponía vivir haciendo palanca frente a aquella prodigiosa mole.

Titán me tranquilizaba, me aseguraba que no debía tener miedo del portero. Y que, en el fondo, todo se basaba en mi fuerza física y moral.

«Te resistes a morir, ¿eh?», me decía.

En aquellos momentos, yo lo miraba fijamente y tenía la impresión de que lo sabía todo. «Pero dime —añadía—; con tu marido, ¿qué pasó?».

Entonces yo abría el dique de los recuerdos, incluso si no me agradaba desenterrar una figura tan querida para mí. Y sobre todo tan controvertida.

Mi marido había sido un hombre angelical. Nunca había sido suspicaz, era ingenuo, bueno y tramposo al mismo tiempo. No distinguía a los amigos

de los enemigos. Un poco como Titán.

Parecía un chiquillo, hasta se entretenía con los juguetes de sus nietos. Adoraba a los niños, les acariciaba la cabeza, siempre les daba alguna monedita. Puede que se acordara de su infancia de golfillo. De persona criada, para bien o para mal, gracias a la caridad de las monjas.

Le había repetido muchas veces que la vida no es una velada ilusoria que transcurre entre una copa y otra. Que es mucho más sólida y decisiva. El pobre Ettore sufría y me pedía perdón. Luego echaba otra vez a correr como un loco tras su verdadera naturaleza.

Mañana es el Día de la Madre. He llorado toda la noche y lloraré todo el día. Por vosotras, porque nunca venís. Mis mejores amigas me han dicho que si mi casa estuviera más ordenada, vendríais con más frecuencia. Y pensar que crecisteis aquí, entre estas cuatro paredes. Y pensar que no he reformado la casa jamás para poder encontrar en esas paredes las huellas de vuestras manos. En la cama todavía están las pegatinas y los *collages*, los ratoncitos y Blancanieves, las imágenes de los grandes amantes, los héroes de las telenovelas.

Después, la huida hacia vuestros juegos amorosos, esos matrimonios apresurados, impulsados en parte por la curiosidad del sexo y también por las ganas de perder de vista para siempre a vuestra madre. Alguna hasta fue a terapia.

Tú, Manuela, por ejemplo, me dijiste que querías olvidar mi existencia. Tal vez porque te habría sometido toda la vida y tú me querías demasiado. Incluso ahora, a los cuarenta años, esperas que te acaricie y, desde luego, no recoges mi basura del suelo.

Pero las dos últimas, las predilectas, las más ingenuas y las menos predispuestas hacia el poder, empezaron a decir que había llegado una nueva era, que había que empezar a renovar el mundo. Y se fueron. Una detrás de otra. Lágrima tras lágrima. Si pudiera volver atrás, ya no querría tener hijos. Siempre hay una espera que no se extingue. El amor por el amante es el amor por los hijos elevado a la enésima potencia. Si no consigues amar, es por culpa de los hijos. Si no consigues odiar, es por culpa de los hijos. Si no consigues fingir, es siempre por culpa de ellos. Debería pedirle a Dios que los maldijera. Pero no puedo.

Moriré desgarrada por vuestras lágrimas y por todo lo que me habéis negado: una hora de amor, una visita, una llamada de teléfono. Todas las madres estarán esperando conmigo vuestra visita. Hasta que del lóbulo de la oreja no se me caiga el último pendiente que me ponga para complaceros. Porque, digan lo que digan, mis verdaderos amores siempre habéis sido vosotras, hijas mías. Porque yo siempre he estado enamorada de vosotras.

Mi padre había comprendido mi vocación de monja y la había alentado. Mi madre se había opuesto a ella, argumentando que una mujer que vive en

el mundo sufre mucho más que una necia carmelita detrás de los barrotes. Ella no sabía lo que podían significar los barrotes para una persona que busca el silencio, la soledad y un diálogo directo con Dios. Por eso me empujó a fundar una familia, casi me obligó a casarme. Me arrojó a un mundo que me resultaba hostil, cuando yo sólo quería unos cuantos centímetros de celda; eso jamás se lo he perdonado.

El convento de la vida lo encontré después, en el manicomio. Allí sufrí mientras todos callaban, porque todos tenían prohibido pensar. Ni siquiera en Dios hay pensamiento: en él sólo hay contemplación. Almas y ojos que miran únicamente el flujo y el reflujo de su luz.

Hay mujeres, como santa Teresa, que no han hecho nada hermoso en la vida. Personas que sólo han sido caritativas. Personas que se han lavado ellas mismas sus grandes heridas sangrantes. Yo he sido una de ellas. Se compara al enfermo mental con un perro molido a palos, con un perro que no tiene su propio cuenco de leche o al que se le da de beber a escondidas, cuando los demás no están mirando. Con un perro ultrajado. Un perro rechazado. Pero hasta los perros tienen un defecto: el de parecerse a los humanos.

A menudo te llamo por teléfono, hija mía, y te cuento que me han reanudado o interrumpido el tratamiento. Trabajas en el centro de atención psicosocial como enfermera especializada y siempre me dices: «Ten fe, mamá, ten fe». Así que me gustaría contarte un chiste.

Un día, Cristo caminaba sobre las aguas y Pedro quiso seguirlo. En cuanto se metió en el Jordán, comenzó a quejarse. Decía: «Jesús, el agua me llega a los tobillos». Y Cristo: «Ten fe, Pedro, ten fe». Pero Pedro siguió: «Jesús, el agua me llega a las pantorrillas». Y Jesús, de nuevo: «Ten fe, Pedro, ten fe». Al final, Pedro se puso a chillar desesperado: «¡Cristo, me estoy ahogando!». Y Cristo, enfadado, se volvió y gritó: «¡Pedro, sólo sabes vivir en tierra firme!».

Manuela, tú fingiste no entender nada. Pero en realidad, si entendieras, y que Dios no lo quiera, te morirías. Piensa, hija querida, hija amadísima, piensa que tu madre ha sido humillada, mercantilizada y vendida. Piensa que tu madre ha tenido que prostituirse, y no sólo carnalmente, y sobre todo porque así lo han querido los demás.

Y así cada mañana, independientemente de las circunstancias, con fiebre alta o bajo una lluvia torrencial, tu madre tenía que levantarse y entregarse a la calle. Porque así lo quería el portero. Porque así lo quería la mafia. Empezaron a llamarme la loca de la puerta de al lado. Nadie podía creer que aquello fuera un chantaje de la mafia.

Pues bien, Manuela, cuando uno de los hijos de Michele te telefoneó desde Taranto y te dijo: «Venga usted a buscar a su madre, que se ha vuelto completamente loca», tú, Manuela, no viniste. Tu egoísmo te salvó la vida.

Y también ahora, hija mía, tu egoísmo me ha convertido en Alda Merini. Mi hija, a quien nunca dejaré de acunar.

No sé bajo el impulso de qué agonía empecé a tener más hijos, uno tras otro, nacidos como racimos de uvas pero procedentes del mismo sarmiento. Al hijo único, por miedo a perderlo, por miedo a quererlo demasiado, eso crees, se le suman otros. A los que después uno no quiere tanto, y ellos se dan cuenta. Siempre se prefiere al primer hijo porque el primer llanto de un recién nacido es noble. Los demás, lo creas o no, son letanías que matan.

María naciente, María adolescente, debías de ser muy hermosa. Una pequeña aceituna marrón. Tal vez la hija de un faraón, contemplativa y docta.

María conocía los secretos de la vida, era una gran iniciada. Porque sólo una gran iniciada podría haber dado cuenta a los fariseos del nacimiento de su hijo, que era hijo de una grande. Probablemente por motivos políticos, por pudor, a este gran ser se lo identificó con Dios. Pero no era así.

María podría haberse convertido en publicana.[8] En cambio, su violento amor por el gozo de la vida la llevó a concebir al hijo de Dios.

Cualquiera que hubiera preguntado a la Virgen María por el misterio y el ardor de su locura habría recibido una negativa clara y categórica.

Aquella que tiene en sí el germen del nacimiento divino, aquella que tiene en sí el germen del conocimiento, porque conoce el destino de los pueblos, sólo puede poner una barrera entre ella y la decisión de convertirse en mujer única, en mujer del Unigénito.

Una mujer tan única sólo podía tener un hijo único. Conocedora de su destino como madre, María no se retiró porque era la Ley. Mi destino fue la ley de los manicomios.

Estoy casi al borde del suicidio. Me gustaría mucho darle la razón a esa que una vez profirió la enorme calumnia de que yo no tenía cultura. Pero la cultura se hace notar, es como una gran presión en la mente, más fuerte que el sentimiento.

No se puede prescindir de la cultura. No podría vivir sin que me llamaran «señora». Sin embargo, todos me llaman Alda.

«Señora» significaría que he tenido un marido, una casa, muchos sufrimientos. Pero sobre todo mucha alegría.

El nombre de Alda, por el contrario, me hace sentir como una niña. Y entonces me miro las manos, las caderas, los pies planos a causa de las largas caminatas por los lagos de la soledad y trato de comprender si hay un lenguaje que vaya desde el hotel hasta el Naviglio.

¿Por qué he acabado aquí? Por una ráfaga de viento, porque como las golondrinas no he dejado de migrar, porque soy una gitana nata, porque como Titán, nunca me pongo el mismo vestido dos veces y lo dejo tirado en la calle como un bordonero o un hombre riquísimo.

La mujer que hace la limpieza se empeña en lavar mi ropa y cepillarla hasta que queda reducida a harapos, mientras que yo, que apenas la lavaba, la he conservado durante años. Y me acuerdo de una enorme lavadora que instalaron en Taranto, cerca de mi cama, llena de ropa empapada en sangre; la pusieron durante quince días, hasta que enloquecí. Allí dentro estaban las sábanas de Michele Pierri. Durante quince días no me dejaron dormir. Me enviaron de regreso a Milán en aquel estado, con los ojos abiertos de par en par, incapaz de pensar.

A menudo se olvida a los hijos, pero no a los amantes.

La figura más agradable, la más amable y querida que he conocido en mi vida fue la de mi padre. De estatura no superior a la media. Con un rostro afable, desprovisto de malicia. Con la melancolía dulce y resignada de su mirada bellísima. Mi padre fue sin duda mi primer maestro y el elemento formativo de toda mi existencia. Ni católico ni ferviente cristiano, más bien ateo, claudicaba dócil ante la dulzura de cualquier fe. Y reconocía la soberanía de un Dios único e indiscutible. Mi padre era monoteísta. La pluralidad de los elementos que más tarde confluyeron en mi mirada, en mi palabra, en mis gestos, participaron más de un paganismo, en parte artificial y en parte no, que mi arte y mi naturaleza acabaron por sublimar y acentuar.

Mi padre era un adorador. Un primitivo que se quedaba asombrado ante todo. Un hombre que bendecía la vida. No recuerdo haber escuchado a mi padre quejarse nunca de nada.

Murió santa y dulcemente de un infarto una noche de invierno, mientras se fumaba el enésimo cigarrillo del día. Mi padre era como yo, fumaba y soñaba. Y mi madre estaba muy celosa de esos sueños de los que yo, por el contrario, me sentía orgullosa. Era un buen soñador, y también un vago. Pero sobre todo era la persona que destacaba siempre en cualquier puesto de trabajo. Inteligentísimo y lógico, su dominio de los números era tal que a mí me parecía tener delante al mismísimo Pitágoras. Y yo era su favorita. Mi padre era un soñador, pero también le gustaba viajar por el mundo con la imaginación y su cara más dulce. Y su mayor deseo era parecerse a Nemo, cuyo nombre llevaba con orgullo.

Algunos sueños nacen incorrectos desde la primerísima infancia. Y de hecho, se recuerdan traumas fetales y gestaciones carentes de alegría. Como la natividad dolorosa del cristianismo, de un hijo no deseado que, sin embargo, era hijo del Altísimo. Un hijo que irá a incinerarse en la cruz, en una pira de dolor eterno.

A menudo me preguntan a qué se dedican mis hijas y por qué están tan lejos.

Es una de las preguntas más indiscretas y desagradables que me pueden hacer. Pero me armo de valor y respondo que madres abandonadas como yo hay muchas, y que sí, se trata de un auténtico abandono. Soy una madre y una mujer que no trata de tapar sus vicios ni los de sus hijos. Pero me pregunto: ¿por qué sólo los míos y no los de los demás? Porque la gente se consuela de sus propias desgracias fijándose en las deficiencias de las demás familias.

Tendría que explicarle a esta pobre gente el daño que les han hecho a mis hijas, que todavía huyen de mí como de la peste para que no les pregunte: «¿Qué fue de ti en aquella otra familia?».

Digo sin vergüenza que en el tercer parto, el de Barbara, me dieron un papel en el que calificaban a mi hija de «feto». Le pregunté al médico responsable por qué mi preciosa niña había sido reducida a esa palabra. Él me respondió que era un término médico. En resumen, vendí a mi bebé por culpa de una infame engañifa lingüística.

Aquellos habían sido los nueve meses más hermosos de mi vida y tenía muchas esperanzas de quedármela. Había comprendido que mi marido no la quería y puede que la considerara fruto de un amor clandestino. Pero aunque en el manicomio había amado a muchas personas, o al menos había creído que las amaba, la niña era fruto de mi amor por la vida. Paradójicamente, podría decir que no tuvo padre, o tal vez que tuvo muchos. Mi marido, en cualquier caso, la quiso en cuanto la vio. Cuando me la quitaron, parecía a punto de enloquecer.

Nunca le he contado nada de esto a mi niña. Sé que no lo entendería, porque pasó de una familia a otra como una pobre mendiga.

Lo mismo le ocurrió a Simona. La madre adoptiva había perdido a una niña y quería otra para remplazarla. Le había pedido a mi hija que actuara como ella y la peinaba y la vestía igual. Hasta que Simona se rebeló. Un día, en el colegio, la llamaron Carniti y entonces le preguntó a su madre adoptiva por qué le había ocultado la existencia de sus verdaderos padres. Ella no fue capaz de explicárselo. Simona se escapó una, dos, y hasta tres veces con su perro san bernardo, pero la pillaron enseguida.

A estas alturas, la relación con su madre adoptiva se había roto. No es difícil comprender que Simona se había convertido en una hermosa adolescente y que su madre adoptiva tenía miedo de ella, estaba celosa. Pero estas explicaciones a las verduleras del mercado no se las puedes dar, porque un niño no es comparable a una sandía o a un kilo de melocotones.

Hace poco, Simona me llamó por teléfono y me dijo lo más importante que me han dicho en mi vida: «Mamá, te quiero». Más que por mí, estaba feliz por ella.

La estrategia de la vida ha puesto sobre la mesa de los valores muchas realidades. Coexistir con otras personas es importante para el hombre, pero el problema no es entender qué hacen los demás, sino qué son y por qué

irrumpen en la intimidad de la indecencia. La indecencia es el gran dolor anatómico, que empieza con la sección del propio cordón umbilical y acaba con el rechazo de los hijos.

Preguntarte dónde están tus hijos es como preguntarte dónde están tus invitados. Si comes sola, es culpa de la vida, no de tus hijos. Así como Dios creó al hombre y le dio la libertad de elegir, el padre hace al hijo para que este siga su propio camino, aunque es cierto que lo educa para el viaje. Si el hombre educa a sus hijos para el viaje, es porque, al fin y al cabo, a pesar de las alegrías que le han dado, desea quedarse solo. El niño es tan sensible que siente este abandono desde el vientre materno. Nunca conocerá las heridas de su madre, y la madre no conocerá las heridas de su hijo. El nacimiento del hombre prefigura una gran incisión.

Como mujer no tengo nada que decir, salvo que no he sido una buena madre. Y como madre habría tenido que ser más crítica conmigo misma, pero no lograba imaginar una tragedia así dentro de la tragedia que era mi enfermedad. Porque yo niego la existencia de la enfermedad mental y considero a sus inventores como personas que se aventuran a comprender o a intentar comprender qué es el bien y el mal sin conocer la filosofía. Estoy escribiendo un tratado que servirá, si acaso, para darle a mi hija una prueba de amor, tardía e inútil. Es evidente que la pobreza y la pulverización de mis mejores recuerdos me han llevado a la decadencia, así como a ser víctima de la más absoluta ignorancia y de una envidia considerable.

La envidia es una chinche fría que a menudo se aloja en los ojos y en los oídos de las mujeres de la zona que están cansadas y no tienen pelos en la lengua. Una vecina que vive con dos hombres dice que soy de moral relajada y hasta me ha acusado de amar a un sacerdote.

Espero que muera en discordia divina. Porque los niños, por Dios, son criaturas sacrosantas de mi Señor.

Tal vez las madres tengan razón al gritar a los cuatro vientos: «Este hijo es mío y sólo mío».

Estas ilustres maestras, estas pedagogas no reconocidas, estas madres que con el acto del nacimiento se vuelven eruditas de modo instintivo, que celebran en silencio las angustias, los dolores, las experiencias de sus hijos, no se separan jamás de ellos, ni siquiera de pensamiento. Son incapaces de decirles a los médicos, a los parapsicólogos, a los profesores, cómo han llegado a saber tantas cosas.

Pero ellas tampoco lo saben, porque cada vez que nace un niño no sólo se enciende una luz de vida, también se esconde el secreto adiós de una madre a su hija.

Se empiezan a subir los peldaños de un gran renacimiento, de una gran conquista, que también podría constituir un fracaso si el niño no es capaz de plantar su bandera en la cima adecuada en el momento adecuado y con

manos firmes. Por culpa de este temor, la madre tiembla y tiene miedo.

Vosotras, amores míos, siempre habéis sido mi gran obsesión y mi gran ilusión. Hay tantas madres que, temblorosas como arbolitos de Navidad, vagan por el Naviglio en verano, apretando con fuerza los dientes para que no las abandonen las últimas fuerzas; desamparadas, tal vez víctimas del escarnio, tal vez víctimas de las agresiones más crueles.

Por mucho que hurgue en mi memoria, nadie me ha robado salvo vosotras, nadie me ha violentado salvo vosotras. Busco en la basura de años los restos de esos cigarrillos Stop sin filtro que saciaron mi amor, el mío y el de vuestro padre. En aquella época fumaba menos que ahora, la mitad, y cada beso era un hijo. Vuestro padre, que se volvía loco cada vez que os dolía cualquier cosa. Yo, que me volvía loca de remate cada vez que me gastabais una de vuestras bromas infantiles, aveces despiadadas. Todo embarazo supone un peligro, el miedo a perder la razón. Vuestro padre, que me gritaba; los parientes, que me gritaban; y yo, que seguía avanzando, impertérrita, hasta el final. Hasta que sentía la alegría de ver frente a mí mi auténtica grandeza: la fuerza de dar vida a un hijo a pesar de la enfermedad mental.

Hubo un tiempo, Barbara, en que iba a la iglesia todas las tardes. Con cada santo, tú centelleabas en mi corazón; y aquella era la felicidad más profunda. Me decía: «Quizás esta vez pueda tenerla». Pero no, fueron abortos mentales. Esto que te cuento es triste: las propuestas de abortos terapéuticos, las peticiones constantes de dinero para salvaros.

Y hoy, Barbara, te he vuelto a ver y me has dicho cosas terribles, como siempre que te veo. Quieres irte rápido para no recordar. No sé cuánto tiempo me quedará si sigo viviendo entre un hotel y otro, entre una miseria y otra. De vez en cuando me hago la ilusión de amar. Amar podría significar dar vida a un hijo. Y de inmediato siento un dolor insoportable en el corazón. Prefiero morir aquí, lejos de todos.

No consigo sonreírte, Barbara, y tú no me sonreirás jamás. A veces me preguntas por qué tienes los ojos de color avellana: porque son los ojos de tu padre, de tu verdadero padre, ese que un día se olvidó de ti. Los celos te atravesaron el corazón, pero sólo eras su hija.

Hoy me has hablado de una mujer extremadamente mala, que es la hermana de tu padre. Me has dicho que siempre tuvo celos de mí y que tuvo celos de mi belleza y de la vuestra. Es posible.

Me gustaría hacerte una pregunta terrible, Barbara: ¿se puede ser tan malo como para enviar a alguien al manicomio? No lo sabes y es mejor que hagas oídos sordos.

En el hotel estoy rodeada de gente que trabaja, de gente que se sacrifica, en resumen, de gente que limpia, que cambia las sábanas todos los días. Cada mañana hay una pila enorme de sábanas sobre la mesita de noche, una

pila lo bastante imponente como para noquear a un poeta. Por eso me pongo a fumar encima de ellas, para quemarlas, para estropearlas. Dejo todo tirado por el suelo. Han llegado a quitarme la escoba, para que no pueda trabajar. Sí, soy una bruja, una bruja fea sin escoba. Así que como, bebo, llamo a todos por teléfono, pero no pregunto por vosotras.

Sois mi canción interrumpida, ese amor que en el hotel no se siente.

¿Quién era yo de joven? Una chica como vosotras.

Pero tuve una suerte inmensa: mi familia. Tuve un padre y una madre, vosotras no. Éramos felices y, en verano, nuestra madre metía una espiga de lavanda en los cuadernos. Luego estaba el tintero contra la ventanuca de la casa de campo, a la que a veces venía Croce, en el valle de Susa. Y las carreras en el pueblo con las zapatillas de tenis y aquellos maravillosos encuentros con la gente bien de Turín. Una infancia fantástica, una juventud prodigiosa, una madre que era un himno a la felicidad. Y todas las semanas, una sentida carta de amor de mi madre en la que me decía que yo era la niña más hermosa del mundo. Y luego los boletines de notas, año tras año, con la firma incondicional de mi padre cada trimestre. Y la Reina de Mayo, María José de Bélgica, que me envió mi primer diploma de poeta cuando tenía ocho años. María José era hermosa, todavía la sigo en su exilio.

Mi madre tenía en la habitación una foto augusta de los soberanos de Italia. Encargaba que nos hicieran ropa a la última moda, como la de los hijos de la reina. Y las películas de Shirley Temple. Mamá me hizo verlas todas y, como en *Bellísima*, me mandó a la escuela de danza y actuación. Aprendí muchas cosas de pequeña, sobre todo los modales en la mesa. Antes de comer, mi madre miraba a mi padre durante un buen rato, decíamos una breve oración por nuestra pequeña comunidad y dábamos las gracias al rey y a la reina por lo que nos habían dado.

En Navidad, y sólo en Navidad, asábamos un capón enorme durante cuatro horas. Luego estaban los belenes animados. Mi madre era muy mañosa y hacía las figuritas una por una. La víspera de Navidad se levantaba en silencio, dejaba allí al Niño Jesús y volvía a su habitación en silencio. En aquella época yo dormía con mis padres y tenía una cama con barrotes a ambos lados, precisamente como las que tuve después en el manicomio. Daba un salto, conseguía llegar hasta la cocina y volvía sin aliento, convencida de que Jesús era quien había dejado los regalos. Mi madre tenía que calmarme y yo no me daba cuenta de que era de día hasta la hora de almorzar. Entonces mi padre, para que comiera, decía que era mejor sacar a Jesús del belén. Y mi madre me daba una bofetada y decía que Jesús estaba bien donde estaba. Mi padre y mi madre siempre se peleaban por culpa del belén.

La tarde del día de Navidad abríamos los regalos, cada pariente traía el suyo, jugábamos al bingo hasta altas horas de la noche con judías que tintineaban en una bolsita, y luego a la cama. Esta excitación se prolongaba

hasta el seis de enero, día en que se guardaban los juguetes y volvíamos al colegio.

Cuánto he deseado que mi familia fuera así. Cuánto he rezado. Y te aseguro, Barbara, que esos anhelos nunca fueron aderezados ni con locura ni con lágrimas.

El Día de la Mujer me regalé una mimosa, sin raíces, sin canto, sin armonía de amor.

Una rama que se arqueó enseguida, en cuanto la llevé hasta mi soledad de poeta. La soledad de tantas madres que han tenido que extinguir en su cuerpo el recuerdo de sus hijos.

Saber que están vivos y que han triunfado no sirve de nada.

Nadie puede ver ni oír el grito materno hecho exclusivamente de carne. Yo, mujer estéril, lloré aquel día por las víctimas de tanta amarga concupiscencia, y ya no he vuelto a atreverme a levantar los ojos hacia la cruz. Porque, al fin y al cabo, Cristo también tuvo una madre.

El dolor

Abismo oscuro, deflagración,
chispa que remueve el pasado,
tobillos que se rompen
por correr detrás de ti, dolor,
tú eres la liebre viva
que mis manos conocen
desde la infancia.

Escríbeme, te lo he dicho tantas veces, escríbeme una carta larguísima que sólo hable de silencio. El otro día te escribí veintisiete páginas hablando de quién sabe qué.

En nombre de la muerte, me habría gustado ponerme un abrigo de invierno y bajar a tu funeral. Descender al valle del deseo, donde se extinguen todos los conatos de amor.

Esta muerte es mi terrible vómito contra una sociedad terrible que sólo se preocupa de festejar.

Cuando me enteré de que habías muerto, salí corriendo a hacer la compra con los buenos de los dementes. Te preparé un plato caliente y un lecho de laureles.

Pero en la fiesta de los muertos no había ningún amigo.

Es lo que deseabas desde hacía tanto, Roberto, y Dios te lo concedió.

Me dije: «Una tregua para un padre demasiado poderoso para ser deshonrado por la vileza del hombre».

De vez en cuando, del lado derecho de tu costado surge una sombra. Y cada vez se vuelve más grande, más negra. Esos momentos son los peores, cuando te sometes a una operación quirúrgica terriblemente dolorosa sin anestesia. Es una sombra que asusta, y que algunos llaman poesía. Pero no, es la soledad.

La soledad hace que de repente desaparezcan todos tus maridos. Y que te conviertas en un ama de casa fría y quejica, víctima de accidentes corpóreos, que corre a desinfectarse y se atiborra de analgésicos.

Quieres pedir un teléfono. Quieres pedir un tren. Quieres pedir una letra, la que sea. Quieres curarte y morir al mismo tiempo. En ningún momento se te ocurre que simplemente podrías vivir.

De la vecina de al lado no conoces más que la espalda. Estás acostumbrada a imaginártela con las manos gruesas e hinchadas, amasando los ñoquis de los domingos, con el pelo enroscado en miles de rulos. De la vecina de enfrente sólo conoces el pecado mortal; y de su marido, las hijas que viven con su mujer.

Te queda el bar de los domingos, donde pagas diez mil liras por una Coca-Cola. El recuerdo obstinado de Maria Corti, que te prometió monumentos nacionales. El jarabe de los ancianos.

Cuando pisas los versos de Baudelaire que han caído al suelo, sobre los que has derramado la sopa, les das una patada en la espinilla. Y los tiras en el patio.

¿Qué es el dolor? Un rastro negro en la conciencia, una línea de demarcación, una cancelación repentina. Alguien que te ha desfigurado, no, que más que desfigurarte te ha enterrado, te ha olvidado. Intentas comprender por qué la persona amada te ha dejado sola en el frío de tu demencia, en la superficie dura de tu paciencia, pero sólo te queda un nacimiento devorador, un puñado de paja sufrida sobre el que ya no quieres recostarte.

El dolor es un puñado de barro con un soplo de vida tan sutil que recuerda el primer brote del hombre.

Puede que Dios no usara barro, sino argamasa, puede que Dios creara a Adán a partir de un mármol precioso, de un enorme pedazo de mármol blanco, puede que lo vaciara con sus propias manos, puede que Dios, que tenía alma de hombre, sintiera que este mármol le espoleaba los dedos. Y fue como Miguel Ángel.

Lo que el poeta no soporta es que Dios lo haya creado tal y como es y que lo vigile como un perro guardián, que sea un gran maestro que recorre con los dedos la materia, que lo obligue a seguir en edad escolar, que no quiera explicarle por qué no ha conocido la muerte.

Dios se encuentra a muchos años luz de nosotros. Puede que ya esté muerto, pero todavía sentimos los latidos, el veneno y la impostura; Dios ha creado el amor y bien, nosotros prescindimos de él; Dios ha creado a los niños y bien, nosotros renegamos de ellos. Hasta que él, nuestro precursor, nos explique por qué nació el hombre. Por qué nació mitad hombre, mitad serpiente. Y también santo.

Torso húmedo, adiós, torso que velas mi corazón desde el alba. No te pido que condenes el azar: eres feliz, sólo temes que la llaga nocturna de la mañana, la divina luz de los brazos blancos, te lleve hacia el bien. Surco de amenaza, adiós. Te dejo, polvo, ceniza y hermoso sonido, oh rostro de niño y mi abandono.

La mañana del funeral de Roberto, Laura y Borsani me esperaban en el paso elevado. Fuimos a pie hasta el Cementerio Monumental. Yo llevaba una falda de verano muy bonita, pero no había bebido ni siquiera un sorbo de agua. La cabeza me daba vueltas. Hacía mucho que, cada vez que cogía el metro y oía aquellos ruidos sordos del subterráneo, sentía el misterioso impulso de arrojarme bajo el tren. Era una pulsión tan violenta que a menudo lloraba y me agarraba a las manillas. Se trataba de una infección terrible del laberinto que hacía que me estallara la cabeza.

Llegué al Monumental extenuada por el hambre y el frío, y me encontré de rodillas frente a Roberto. Así, casi por un ritual secreto. Toqué delicadamente su ataúd y un golpe seco resonó en mi corazón.

El senador me obligó a levantarme y me miró a los ojos durante un buen

rato, luego me preguntó si sabía algo más preciso. Quería decirle que lo sabía todo, pero no podía hablar.

Ahora, con la distancia del tiempo, sé quién mató a Roberto, estoy amargamente convencida, y también sé quién calla sobre este ignominioso silencio: una mujer, una mujer que por un amor infeliz, por un matrimonio hecho pedazos, buscaba desesperadamente la alianza y la protección de un poderoso. A aquella mujer voraz no le deseé ningún mal y también entendí sus motivos injustificados: es difícil decirle que no al hombre que amas, incluso si ese hombre te señala con el dedo los caminos del engaño.

Esta es la salud mental programada por nuestros dioses. Nuestros dioses siguen vivos y son eternos, el Olimpo no ha conocido el ocaso. Juno es víctima de cóleras inauditas, Júpiter va y viene bajo la apariencia de un cisne, de un camaleón o del árbol bajo el que está enterrado el extraño rostro de la mujer del portero, que aún mira incrédula hacia el cielo. Incrédula porque su marido la estranguló y luego le dio honorable sepultura.

La planta está exuberante, la amante del portero riega los helechos a diario, sin dejar de repetirse día y noche que ella es la causa de que su hombre cometiera un crimen de amor. Cuántas mujeres, cuántas mujeres admirables querrían que su hombre matara por amor. Pero ¿son admirables o dignas de compasión? ¿Son santas o furcias? ¿Son madres o asesinas? Los celos no pueden competir, por muy locos que sean, con estos ataques de rabia inaudita.

La mujer que se aprieta el vientre al verse abandonada por su hombre, la antigua Fedra que hay en cada una de nosotras, sólo puede sucumbir al designio divino. Los dioses se disipan en el aire y yo soy esta Fedra, ahora vieja, llena de humus terrenal. Tú, joven, eres quien escribe las palabras que yo dicto. Nadie vislumbrará jamás lo mastodóntica que es tu revuelta.

Y sin embargo no deseas el crimen, ni tampoco deseas tu muerte, porque incluso tú fluyes por la vida. Porque eres el canto de la vida. No conoces ni muros ni barreras, entras y sales de los bosques como una diosa romántica, y no te veo acompañando a ningún hombre, porque naciste sola, como todas las cosas que te pertenecen. Pero las cosas puras no tienen correspondencia, ni siquiera en el cielo.

Piensa, querida, que no hay ninguna imagen tuya allá arriba, ni tampoco en la tierra. Nunca tendrás fe, ni podrás tenerla, porque los ángeles no son tan femeninos como tú. Los ángeles son rebeldes y tú no eres rebelde, los ángeles están orgullosos de su posición junto a Dios y tú no estás orgullosa de tu amor, sino que lo sufres, y sufres en vano. Porque mientras todas las mujeres se empeñan en decir: «El amor es eterno y no se acabará jamás», tú sabes que tu amor acabará, aunque sea porque la vida se acaba. Tú tiemblas por la tierra y has deseado morir muchas veces. Estas cosas, Chicca, los filósofos las saben y te las han contado en secreto.

No se puede escribir con el hambre pisándote los talones y una presencia obsesiva en la puerta. En aquella época necesitaba caminar descalza, porque sentía que la antena de un deseo de amor extraordinario atravesaba mi cuerpo. Yo detentaba ese extraño poder metafísico que siempre había inundado mis poemas. Era la época de *Delirio amoroso* y nunca le había hablado a nadie de la felicidad de las noches de agosto, cuando Dios me inundaba de perfumes y de gracia.

Las cinco terribles asesinas, mis vecinas, al verme andar descalza, me habían diagnosticado una absurda paranoia de telescritura. La horrible vecina sabía poner inyecciones y así, lentamente, les había inoculado a aquellas gordinflonas una dosis de su veneno letal, tanto que la tarde era víctima de un silencio extraordinario. Sus ronquidos de borrachas resonaban a través del suelo.

Ocurrió una noche de verano, mientras me atacaban la melancolía y el hambre. Cuando el portero se aprovechó de mi olvido.

Todas se pusieron de acuerdo para hostigarme. La viscosa intolerancia de estas cinco amas de casa, celosas de sus extraordinarios mariditos, envidiosas de la influencia que yo tenía sobre Nicola y sobre los otros editores, había formado el diapasón de un Dios resentido que se había extendido hasta mis hijas.

En mis poemas a menudo cuento que mi vida ha sido pobre, moderada y que han soplado débiles vientos de alegría, porque la humildad es el mejor regalo que el ser humano puede hacerse a sí mismo. Hay que despreciar los dones que Dios nos ha dado y dejarlos a un lado. Con la esperanza de que algún día el Señor nos revele la verdadera entidad de su tesoro.

A las nueve, cuando dejo las manos en la ventana en busca del recuerdo, siento en ellas el roce de una guillotina. Es como si en el hueco de una secuoya encontrara el panal de una miel metafórica, a la que ningún oso se acerca jamás. Sí, hay muchas abejas en el pensamiento.

Cógeme fuerte aquí, sobre los hombros, justo en los bordes de mi palabra, y dame un bien de desolación.

Una mujer entra en escena. Habla con acento nostálgico y no ve lo que hay detrás de ella: una humareda, viento, lluvia.

La mujer: «A esta hora, él toca el saxofón porque hace viento y tiene miedo del viento, igual que tiene miedo de los sentidos de la razón. Pero yo tengo miedo de él. Ninguno de los dos tiene un techo, una casa. Pero si el miedo tiene un cuerpo, ambos amamos a la misma mujer, sólo que el miedo a menudo acompaña al dolor».

Entre bambalinas, Lucio Dalla entona *Ti voglio bene assai*…

La mujer sigue hablando: «La palabra *bene*, "bien", es un beneficio que desconozco. Y aun así, todo dura eternamente. He de reconocer que si la

vida no es atroz, es atrozmente bella, y fue recorriendo este camino donde lo conocí. El hombre que perpetra el bien, el hombre que lo deshace, el hombre que lo canta, el hombre que lo enseña.

»Cada mujer hace de sí misma un espectáculo y la máscara teatral me sienta bien. ¿Que él es una máscara?».

Detrás se oye: «No soy una máscara, sino un hombre que quiere cantar tus esquemas y romperlos definitivamente».

La mujer: «Por grande que seas, no eres el mayor acontecimiento de mi vida. Pero no soy yo quien importa en tu camino y en este aire viciado que te rodea. Ningún poeta ha sido eterno jamás».

Dalla: «¿Quieres que, por tu amor, me quede ciego como Homero? ¿Quieres que vaya descalzo?».

La mujer: «El hombre que amaba iba descalzo y no te digo por cuántos caminos me llevó hasta la vida.

»Pero la conclusión de todo esto, inevitablemente, es la muerte, que ambos aceptamos libremente.

»Porque cada hombre, amigo que estás detrás de mí y al que no quiero ver, es tan grande como sus angustias. El hombre no te dejará jamás tocar tu felicidad, y la felicidad es como un grito.

»El mejor grito antes de que vengas a renegar de tu Creador».

Dalla: «Pero cuando toco, ¿mi música no te habla de Dios?».

La mujer: «Tocas un instrumento anguloso, nunca se ven las cuevas de nuestro pensamiento. Todas las mujeres viven en la cueva de su pensamiento y están corrompidas por las exhalaciones del vino. ¿Tú bebes?».

Dalla: «No, pero me gustaría hacerlo para entender si el mundo está borracho o sólo sabe exhalar palabras».

La mujer: «Ya no sé qué es lo que quiero, pero ciertamente no quiero hechizarte, no quiero que creas un falso testimonio».

Dalla: «¿Tú qué eres?».

La mujer: «¿Que qué soy? Todo en mí es falso, empezando por la delincuencia que defiendo, porque yo también tengo alma de delincuente y, de hecho, me has descrito bien en tu canción. Tengo alma de joven asesino».

Dalla: «Pero ¿cómo matas?».

La mujer: «Con la imaginación.

»La imaginación es un correlato de la música.

»¿Por qué cantas a nuestra imaginación?

»¿Por qué le das comida y bebida a un alma tan esquematizada?

»Si las almas no tuvieran alimento, podrían volver atrás».

Dalla: «¿Puedo ser tu invitado?».

La mujer: «No tengo casa.

»La casa en la que entraste era una farsa, tanto que me fui. La prepararon en el momento, con chismes inútiles, con campanas inexistentes.

»Yo quería cantar a una imagen, no a un corazón».

Dalla: «¿Y a eso lo llamas delincuencia?».

La mujer: «Sí, porque fueron los delincuentes los que lo mataron, los que se encuentran en el camino de los justos, los que rezan a Dios con sus canciones».

Dalla: «¿Querías la prueba de todo esto?».

La mujer: «Sobre todo quería que tú me cantaras cómo pasó».

Tengo mil bolsas de lenguaje debajo de los ojos, sin expresar, que duran hasta la muerte desde el alba de esta vida árida que me figuraba alegre, llena de libros y de cosas que ahora odio, que ya no consigo amar.

Libros que me han seducido y abandonado.

Hubo un tiempo en que entraba en las librerías con el temor de que me echaran por no estar a la altura. Hoy, que podría estudiar, he llenado mi mente de vacío hasta tal punto que me siento más torpe que cuando era una niña. Ya no tengo ganas de leer, me imagino que detrás de cada libro hay un hombre circunspecto.

Un hombre que me mira, un hombre que quiere que le enseñe a leer y a escribir, a vivir del dolor supremo. Pero lo que los demás no saben es que para mí el dolor tiene una dimensión tan personal que en plural lo llamaría «alegría-regocijo».

Mi dolor no es el dolor común, el que hace que tanta gente vaya a los estadios y a las filmotecas, el que incluso lleva a los amantes uno a los brazos del otro. Mi dolor es un ¡ah! maravillado ante la creación.

Es el compromiso o la impresión de que Dios me ha dejado al margen de su gran conocimiento.

No me comparo jamás con los que buscan el placer de la sabiduría, con los que te condenan a muerte con todas sus disciplinas, con los aspectos más antiguos de la cultura de los conservadores. Más bien he estado entre los goliardos como admiradora de sus críticas ilustres.

Paolo, durante nuestras confidencias secretas te reías como un loco recordando que el gran Eugenio llamaba al gran Salvatore «Quasimodito mío». Entre los dos había un aire de fiesta, un aire de simbiosis amorosa, hasta el momento en que, como un fasto negro, llegó el germen de la política negra, del odio circunscrito al tropel de los poetas. Para decir que uno es un follonero, se dice de él que es un auténtico político. Pero en el fondo era odio, Paolo, o un simple juego de niños.

Los cheques se emiten para que circulen por todo el mundo sin que nadie los moleste, son como fichas de presencia. Todos los bancos poseen este arco terrible y amenazante que es la multiplicación de los cheques. Un flujo que, por desgracia, invade el campo de la palabra.

A menudo los cheques hacen palidecer, matan. Hieren en el corazón y acaban volviendo a los que los emitieron por pobreza, por accidente o por pura casualidad. El cheque no lleva cuño, es un acuerdo tácito de hombre a hombre, el pago tácito de alguna culpa y, sobre todo, un gran *adagio* que puede llevar a la muerte.

No debería decir nada sobre este robo, sería lo mejor, yo me lo he buscado. Me rodeé de carroña estúpida, de gente oportunista. Lo que no quiere decir que sean unos ladrones, es mucho peor. El ladrón es circunspecto, no es tan descarado. Los ladrones siempre han sido aventureros, mariposas negras que aparecen por la noche.

Aquella noche, sin embargo, me atizaron una bofetada terrible.

El fotógrafo no ha vuelto más. Y la falena de mi júbilo se ha extinguido poco a poco.

Luego te conocí a ti, que me enseñaste mi cortometraje en el periódico.

Me escapé corriendo de la casa que no aloja a nadie. Luego no sé, pero las cuentas no salen, una lluvia de sol arrastra a las mujeres caseras al valle: ¿cómo enseñarte estas manos desnudas?

¿Y tú quién eres? No eres reflexión ni placer ni recompensa de la vida. Vengo a verte, pero he visto a tantos contables expertos en mi miedo.

Y luego, ¿qué? Te meten en una barca y te dicen: «Sueña también por nosotros». Y te desvían hacia una cascada sin ningún remordimiento.

Tienes rostro de canción y, como Dios, tus cuerdas vibran a mi alrededor.

Te gustaría hacer de mí una víctima del corazón y no un majadero que dibuja tu boca mientras dices palabras contra el viento.

Tus balcones son las amenazas. Aflojo mi cuerda del habla y entretanto me seduces.

Nadie me ha preguntado cómo voy a hacer para llamar a Roma desde un hotel sin teléfono, un hotel que ahora es mi casa, porque nadie me quiere. Y, naturalmente, no se pueden enviar palabras de amor por medio de la vecina.

Manganelli daba saltos de alegría cuando yo escribía, no tanto por lo que escribía, sino porque estaba viva. Sin pretenderlo, no obstante, Giorgio me dejó en manos de las bandas, ni siquiera él creyó los aspectos deplorables de mis espantosas historias. Pero más tarde se arrepintió. Su soberbia y sus celos me habían ofuscado la mente.

No hay sitio en mi cerebro para las cosas mediocres, era inevitable que destapara los crímenes de la vecina. Lo que me empujó a escapar fue precisamente la presencia de la loca de la puerta de al lado.

Lo que el poeta le pide a la sociedad es un lugar en la vida, el que sea, y, mira tú por dónde, un lugar coherente. La inconsistencia de la que se acusa

al poeta es falsa. Se esfuerza al máximo, por ejemplo, para ser como la loca de la puerta de al lado, visto que, aunque sea incoherente y esté loca, todos la admiran.

Lo que llevo pidiendo todos estos años es participar en las conversaciones absurdas de mis vecinas, que me cerraban la puerta en las narices en cuanto yo abría la mía. Pero no es algo de ahora, también odiaban a mi marido.

Debo decir que en el fondo, para bien o para mal, estas brujas locas me salvaron, aunque mataron a mi esposo, que era apuesto, rebosaba vida y probablemente las había seducido. Cargo con el odio de este amor que mi marido nunca quiso nutrir. Era difícil acceder al corazón de mi compañero, pero no era difícil acceder a sus sentidos.

Ahora que Ettore ya no está, el apetito de estas mujeres se ha vuelto torvo como las apariciones de la luna. Con cada cambio de la luna, el portero, ahora difunto, lanza gemidos inhumanos.

Me habían contado que en las noches de luna llena se tapaba con pieles inmundas y salía en busca de efebos, si no de niños. Lo más espantoso es que las cotorras del vecindario encontraban aquello normal. Un viejo albañil me contaba que el portero se daba varias pasadas de champú para ocultar su identidad y que tenía un gran corte en la cabeza.

En el narrador, el deseo de escribir es más fuerte que el de vivir. Por eso, tras soltarse las amarras del hotel, volví a esta casa de traiciones deplorables.

Por la mañana, cuando iba con los zapatos raídos, y muchas veces desparejados, al centro de salud mental, lo hacía por una única razón: porque le había pedido al auxiliar que volviera a ponerme el bolígrafo en la mano y él, paciente, me había ayudado. Las ideas estaban ahí, pero faltaba la voluntad de escribir, como hoy falta la voluntad de vivir. Necesito incunables humanos para poder trabajar. Los quiero porque son parte de mi vida y también de mi destino.

El gran pulmón del poeta, como la gran locura del portero, se levanta con la salida de la luna.

A esa hora, el poeta se convierte en un dromedario magnífico que atraviesa el desierto de su soledad, sembrada de todas esas minas que son sus palabras.

Charles era un ser escuálido y adusto que había venido a vivir a mi casa porque Michele no quería casarse conmigo. Cansado y solo, tenía miedo de poner mi vida en peligro y había contratado a aquel tipejo para que me diera un poco de amor. Pero aquel amor fue tan turbio que no salimos de la cama en tres meses. Cuando conseguí liberarme y se lo conté a Michele, me dio una orden precisa: «Huye de Milán, el cerco de la corrupción se está cerrando a tu alrededor». Charles me había enseñado una dimensión de mi alma que yo no conocía.

La duda siempre comienza con un placer viscoso y amorfo que se alarga hasta adquirir dimensiones humanas, las dimensiones de un frontispicio, de un volumen que también puede volverse no narrado. ¿Por qué escribimos? ¿Por qué queremos comunicar a los demás nuestra leyenda personal? ¿Y hasta qué punto la vida es leyenda y no vida? ¿Por qué Leopardi prefería conocer el amor de Silvia en calidad de monje, como si Silvia no tuviera cuerpo y deseos? ¿Por qué esta crueldad hacia uno mismo?

He visto a mujeres que tienen cuevas en lugar de corazón, tripas en lugar de sangre. Pero por cada batalla, por cada conmixtión de sangre, existe la esperanza de un descanso que no tiene por objeto la mentira.

El hombre miente con respecto a la ley o a su propia identidad, y puede llamarse identidad a la culpa de estar anclado en un ideal que se encuentra muy lejos de nuestra fuente física. Digamos que nunca se ha visto a un poeta sin su leyenda, ni se ha creído a nadie que llame al pan, pan y al vino, vino.

Busqué a los culpables de mi ignorancia y cuando los encontré, mis propios amigos y los amigos de los culpables preguntaron: «¿Y quién lo dice, aparte de usted?», descargándose de esa herencia legal, de ese espectáculo de variedades que es la legalidad.

Querido:

Me levanto a escribir de mala gana porque me veo obligada a seguir horarios cada vez menos vitales, menos gozosos, y porque ciertas sanguijuelas viven necesariamente de mis escritos, que aspiran a ser sublimes alígeros y no meras simulaciones literarias. Sea como fuere, te digo que la mejor manera de que la gente comprenda que algo va mal es con los porrazos del portero, que es amigo de Titán. Puede que «amigo» no sea la palabra adecuada, porque Titán no es capaz de estas drásticas concesiones. Pero tú y yo, y tantos otros, hemos entendido a dónde van a parar los sanos principios de la plebe de la que todavía formo parte. ¿Qué es la plebe? Un meato de libertad. La plebe es algo inmundo, se ve obligada a avanzar en el barro de su ignorancia y de su maldad. La gente se convierte en plebe cuando empieza a convencer a los demás ciudadanos para que también se mezclen con el barro.

Mi obsesión es quitarme este bloque de piedra que tengo en el corazón desde que Michele Pierri murió, y decirles a todos que él no era culpable de nada.

En el centro me habían casado, si se puede decir así, con aquel sinvergüenza del portero. Por otro lado, el auxiliar de psiquiatría dejaba que los pacientes dijeran que yo estaba enamorada de él. Pero era al revés. Yo sólo lo veía en función de su función.

Titán, que tenía más miedo de comprometer su naturaleza que el destino de los demás, me ponía al corriente de todo con su discurso entrecortado, breve. Tal vez gracias al amor maternal que decía haber recibido, sentía

cierto respeto por la gente mayor y adinerada. No quería que se hiciera justicia conmigo, sino que yo recuperara el dinero que el centro me robaba. Y luchaba para conseguirlo. Yo, en cambio, luchaba por la poesía de Michele Pierri.

La obstinación divina está totalmente orientada al bien. Dios quiere el bien y, por lo tanto, soporta con indiferencia las ideas malévolas. Exactamente igual que el elefante tolera, con un ligero fastidio, las moscas y las pulgas que vuelan a su alrededor.

Con su idea del perdón, el cristianismo, al fin y al cabo, no hace otra cosa que mostrar su superioridad. Con esa indiferencia tan propia de Dante: no les hagas caso.[9] Pero sea como fuere, el prurito es de lo más molesto.

No lograba abatir al portero. Y, en consecuencia, tampoco lograba alcanzar mi dimensión terrenal. Hace poco, una chica me ha preguntado qué pienso de la realidad y del consenso colectivo de lo real. Yo, que he experimentado el desmembramiento de la existencia, digo que es pura falacia y que no se puede discutir sobre una realidad que es una ilusión.

Por otro lado, también la Iglesia tiende a destruir lo que no se ha probado y es probable, y a reducir a cenizas los errores sociales de este amor colectivo por el bien.

Pero este extraordinario y miserable soldado del mal se beneficiaba de todas las especialidades y de los tratamientos más angustiosos y angustiantes, ya que su desequilibrio psicológico repercutía en todos.

La poesía va a la caza de direcciones, de lagartijas, la poesía lleva ropa silvestre y rufianesca, la poesía siempre está detrás y fuera del teatro de nuestra piel. Por estas ficciones homéricas, ¡oh!, metáfora de nuestro cansancio, ten piedad de lo que, con el paso del tiempo, siguió siendo igual a sí mismo. Y si caes, palpita entonces con este dialecto inverosímil que es nuestra lengua interior, ya interese al abogado o al público femenino del Circo Máximo. Mira hacia otro lado para no ver la masacre del genio.

Se dice que en nuestro siglo los viejos han destruido la cultura. Es posible que los viejos sean tan viejos que sólo saben gemir, invocar a sus niños, y no se dan cuenta de que los chiquillos de las escuelas primarias han crecido y se han convertido en hombres y mujeres. Sin ninguna consideración por sí mismos ni por los demás.

Es profundamente amargo para un anciano ver que el polen de sus sueños ha ido a posarse sobre una cabeza calva. Una cabeza con pelucón y una escuela enorme.

Así, los antiguos maestros se han vuelto babosos, quejicas y petulantes como el portero: no hacen más que regañar, criticar y exigir.

Los únicos alumnos que les quedan a estos viejos son los poetas: cuatro gatos despeluchados que maúllan a la luna mientras esperan a que el portero los muela a palos.

El cruce frecuentado por las prostitutas también lo frecuenta el hombre sabio, que les pregunta a todos los transeúntes, a todos los vagabundos de esta tierra, si saben quién es. Y recorre multitud de calles y se funde con todos y se transforma en globo aerostático y en barquito frágil como el papel, hasta que se alimenta de las olas de su mirada. El hombre es, resiste a pesar del dolor, de la confusión, del hervidero que son los Navigli, a pesar de los problemas que se cuecen allí todos los días. El hombre es, a pesar de los amores, a pesar de las penas. El hombre es hombre y nunca mujer, como yo.

La esclavitud de la mujer es igual a la esclavitud del hombre, pero la materia gris de la mujer puede explotar en cualquier momento.

No hay ninguna diferencia entre la última prostituta del mundo y yo. ¿Por qué estoy en un hotel por horas? ¿Por qué necesito que alguien alquile una habitación? Porque yo también quiero ser alquilada, comprada, vendida, humillada.

Una cosa que me perturbaba de Titán era que jamás me humilló.

Nunca vi a un hombre tan extraño: tanta fuerza religiosa, tanto corazón de vida, tanta poesía sin expresar. Ningún hombre me ha besado jamás con tanta pasión, ningún hombre ha permitido jamás que le dijera adiós siempre a la misma hora fruto de una obsesión maravillosa. Lo dejé porque estaba a la altura de su carisma, porque no me había matado.

Con la duda profunda de la fe, le había pedido a Titán que me matara, pero él, que no entendía mi relación con Dios, se limitó a exigir una casa limpia y la ropa recién planchada. Tampoco me reveló quién era el asesino de Roberto, puede que no quisiera decirme que yo fui quien lo mató, celoso de su angustia tanto como de la mía.

Habitual de los garitos, usurero nato, se había jugado en las mesas del abandono todos sus recursos, capital humano y dinero en efectivo, incluido el mío. Hasta que, al no haberle concedido el privilegio del amor, emitió a mi cargo la última funesta letra de cambio, un protesto terrible de treinta millones. Un adúltero, un hombre de mundo que había mirado a su destino a los ojos y se había burlado de él. Diré, igual que dijo Volponi: «Eso no lo hace cualquiera».

Que un hombre sufra no significa necesariamente que sea vegetariano, que reniegue de los placeres de la carne. Sufrir significa ser consciente de la propia naturaleza y del poder de desfiguración de la materia sobre el espíritu. La materia es la auténtica desviación del hombre: el hambre, la sed,

el sueño, el apetito sexual, todas cosas dinámicas en sí mismas, crean en torno al espíritu esos fuegos artificiales que hacen que el hombre piense que es hermoso porque es hombre, que es hermoso porque a menudo padece sufrimientos espirituales. Pero la única belleza del cuerpo es el espíritu, y si se aplaca, cada correlato se necrosa, incluso si se mantiene extraordinariamente vivo.

Sea como fuere, todo esto es un delirio deshonesto, sobre todo porque carece de raíces. Ahora estoy en un hotel y la loca ha mandado decir que no tengo dinero. Es cierto, porque el del premio Montale me lo robó ella, junto con Titán y alguien más. La delincuencia se mueve en el Naviglio con la fluidez de la vida. Vivir o morir, en el Naviglio, es lo mismo. Robar o aplastar el vientre de una mujer producen el mismo placer gozoso que la mentira.

Soy libre sólo para volver atrás, para retroceder hasta el agua; para profanar la linfa oculta.

Nunca he podido escribir una novela como Manzoni, tranquila, sentada al escritorio, con datos históricos. He tenido que recurrir a la intuición. Lo que uno siente es su única verdad, su mal, su bien, el malestar que lo rodea. Y estar cerca de esa vieja asquerosa se me hacía insoportable, era igual que la Madame Thénardier de la pobre Cosette, que tanto deseaba una muñeca. La muñeca era mi niña, que en el momento del delirio acabó en el suelo para fastidiar a su madre. Y la muñeca casi muere. Pero lo más aterrador es que aquella pobre muñeca dio a luz una hija que se llamaba, mira tú por dónde, como la hija de mi espantosa vecina.

Había una voz en Taranto que me llamaba «vieja miserable», y era la del abogado Piero. Él era el único que nunca se emocionaba con mis escritos. El único que los despreciaba.

Yo estaba presente cuando destruyeron la biblioteca de Michele, una de las más hermosas que he visto jamás, llena de cartas de Quasimodo y de Montale.

Una hermosa biblioteca tirada por los suelos, hecha trizas.

Porque buscaba el testamento de su padre.

¡Lo que hicieron con aquellos libros! Y pensar que Michele no me dejaba siquiera tocar aquellos volúmenes.

Vi cómo todo iba siendo reducido a polvo, a pedazos. Hasta que le salté al cuello a Piero y traté de pegarle. Fue sólo un momento. Me agarró por la nuca y levantó un puño espantoso. No sé. Cerré los ojos. Y recé. Pero en aquel momento fui muy feliz. Me dije: «Por fin voy a morir». Pero no. Dejó que me fuera. Fue lo más cruel que pudo hacerme.

Había una mujer que le tenía miedo a la muerte, tanto que todas las noches decía nueve mil jaculatorias para intentar ganarse el favor del buen Dios.

Yo dormía al lado de esta mujer que, tras ser desplazados, habíamos acogido en casa. Nos había proporcionado algunas cosas y ejercía de madre con nosotros, conmigo también de abuela.

Tendida junto a ella cada noche, me veía flotar frente a este fantasma de muerte y por poco no me desmayaba. Yo no veía y no podía conocer todos los pecados de los que la pobre mujer, que murió extenuada por aquellos largos discursos, se acusaba. Sin ser nunca capaz de diferenciar la pureza de la vejez de los pecados de la juventud.

Vivía en un tugurio sin ventanas desde el cual era difícil maravillarse y crecer. Todo ese vacío inútil estaba sumido en la niebla y era difícil transitarlo. Tenía siempre el alma hinchada por humores ardientes, como si vivir me doliera y morir, todavía más. Y sin embargo, invocaba la muerte.

Por la noche moría debido a los sortilegios, por el día corría de un callejón a otro como un topo sorprendido en un camino boscoso. Tenía ganas de árboles y sólo veía ciclos de pensamientos y bichos caminando sobre mí, topos invisibles que gruñían como hienas. El portero parecía aplastar con su paso cadencioso insectos tan invisibles y desvergonzados como mi sexo. Mi sexo se había convertido en un asa informe y deforme, y le costaba incluso abstenerse de cantar. Aunque yo seguía escribiendo, parecía que mi sexo, mejor dicho, mi pene, se había desprendido del cuerpo. Parecía oscilar en el tiempo como un péndulo extraño.

Titán se fue, y yo me fui con él. El impacto de esta salida sorprendió a todos los que, no habiéndonos visto nunca juntos, nos vieron salir juntos de mi casa.

Titán está muerto, o si no está muerto, yo fui la causa de que huyera.

Es posible que yo matara a Titán porque me había traicionado al no contarme toda la verdad sobre el portero. Pero también es posible que, al encontrarse bajo la amenaza de aquel negrero infame, estuviera exonerado para siempre de contármela.

Esta novela que es mi vida podría ser una novela negra, una historia terrible inventada en torno a aquel espantoso ciclo menstrual del pensamiento, en torno a aquellas hemorragias mentales fruto de los electrochoques cuyo recuerdo se ha desvanecido.

Si el portero es un delito, es un delito impune como el de los electrochoques, con esos coágulos de sangre que se quedaron en mi pobre mente para generar todas estas distonías.

Esta confusión entre mi mente y mi cuerpo tal vez sea voluntad del Altísimo. Puede que ni siquiera ese horrible memo del portero sepa por qué me tortura, y que con los años se haya vuelto tan idiota como yo.

El portero es un hombre cerrado, igual que mis mandíbulas se cerraron por el mordisco que alguien me dio. El portero es el manicomio, es el electrochoque. Desde que no lo veo en carne y hueso, porque ya no vivo en esa casa, se me han paralizado los intestinos. Él sabía que sólo con verlo me entraba diarrea por el miedo y me mandó al hotel Certosa, donde sufro de un estreñimiento atroz.

Entré al banco por casualidad, para recuperarme del intenso calor. Me recibió un charlatán, y puede que él lanzara la clásica flecha de amor de cheque sin cuenta corriente. Me quedé sin blanca y sin saber qué decir. El empleado, con una destreza inaudita, me arrancó el cheque de las manos y lo bloqueó con la excusa de que, al tener yo a Titán en mi casa, no podía darme el dinero, que habría terminado vete tú a saber dónde.

Me encontré al borde de la ruina. Todos los días iba a verlo y le suplicaba que desbloqueara el cheque, hasta que otro empleado le dijo: «Pero por Dios, es su dinero».

En mi casa robaron todo, y a Titán no lo localizaron. Con el follón del cheque, mis textos se perdieron, los originales se dispersaron y yo acabé secuestrada en el hotel. Me convertí en el paradigma del secuestro. Mientras tanto, llegaron un desahucio y una orden judicial para pagar una herencia que nunca recibí, porque no había podido comparecer en ninguna de las treinta y seis audiencias del proceso judicial, que duró nueve años.

Este proceso judicial celebrado a la sombra de la psiquiatría me obligó a trabajar como una loca para pagar a los abogados. La depositaria de todas mis confesiones literarias y legales perdió el expediente o se lo entregó a otra persona. Mientras tanto, para tener la causa controlada y no perderla, mi médico le había dado las llaves al portero, que ahora podía entrar libremente en mi casa. Todos se rieron de mi historia y de la del portero, y nos trataron a ambos de chiflados.

En el banco me volví loca el día que el bueno de Baldassarre, un contable, me dijo que, para sacar dinero, recurriera a la asistente social a la que había estado viendo durante doce años en el manicomio.

Y así, de una obsesión a otra, mi vida sigue su curso.

Tú con tu falo llegas a mi fregadero, por eso no te ocupas de mi bidé ni de mi absurda locura. Pero en la cocina buscas no sé qué misterio, un secreter, creo, oculto entre mis paredes. Luego las palpas para ver si aún está caliente el cadáver de mi marido.

La perra alegre y mugrienta arroja fuego haciendo creer que es incienso. Muestra a todos su maldad, para que su duro fagocito infecte a las personas débiles, y lo ensucia con deseos femeninos. Ensucia a los jóvenes y a las viejas, y trata de robarles la pensión para entregársela a la vecina peligrosa, criminal. La estúpida necia esconde bajo su inmundicia dos manos rapaces dispuestas a hacerse con cualquier cantidad de dinero.

Por aquel entonces sufría aquellas espantosas crisis típicas de la adolescencia por las que me cubría con ropa inverosímil, para que no se notara que mis pechos eran firmes y abundantes. Las hermanas Marucelli tenían sudores fríos, porque yo callejeaba por Milán con un aspecto infame, y me señalaban como la mujer peor vestida de la ciudad. Violetta me echó de una de sus recepciones porque llegué con un vestido de noche vaporoso en pleno invierno. En la apertura del baile de primavera del Círculo de la Prensa, aparecí con un vestido multicolor. Terminaron condenándome al ostracismo.

Yo le decía a Titán que, al fin y al cabo, al Padre Pío también lo habían perseguido, y que en el fondo me parecía un poco a él.

Cuando me decía que yo era mala, le contestaba que Jesús también había expulsado del templo a los filisteos y a los fariseos porque comerciaban. Así que yo también tenía derecho a parecerme a Cristo.

Tengo un resfriado tremendo desde hace tres meses, por culpa de un libro impúdico que tuve que vender delante del Libraccio[10] como una mendiga cualquiera. Fui difamada, sufrí una insolación. Pero pensaba que para acceder a los fondos Bacchelli[11] tenía que probar que era una indigente y una pordiosera.

Este libro que ahora escribo también me ha costado mucho. Como todos los demás, que, francamente, siempre me han traído mala suerte, incluso si los amigos de mis libros y aquellos que los han editado han sido buenos y amables.

Pero tenía que demostrar que, para los vecinos, yo era, y sigo siendo, la loca de la puerta de al lado.

Piensa en ese canalla lamentable que en vez de una rata cogió en sus manos la dulce imagen de un niño y la manoseó hasta convertirla en mujer y en prostituta. Piensa en todas las cosas horribles que hizo este hombre y en lo que tengo que presenciar todos los días sin decir ni mu. Si tuviera un mensajero a bordo, le contaría cosas que ni los magos creerían. Pero no puedo hacerlo. Mi hermana, vecina combativa y cruel, sabe que tengo que levantarme a las nueve. Mi día es engorroso y ultrajante. Tengo que levantarme aunque no quiera para participar en las fiestas sudorosas del Naviglio. Pero no es cierto que olvido mis escritos en las mesitas de las cafeterías. Los dejo porque bebo y consumo como cualquier otro enfermo mental. Y los cafés son caros.

Ya no me río de los halagos de los ateos. No me hacen ningún bien. Estoy cansada de vivir y de morir, de abrir una y otra vez un libro doloroso que el griterío constante de la zona no me dejará leer. La zona palpita y tiembla debido a esas fiestas desvergonzadas.

Y Titán también morirá.

Llegó a puerto tras una larga navegación. Titán le dio los remos a alguien que sabía más que él y descubrió que no podía ir en contra del destino. Sólo hizo una cosa contra natura: me secuestró, me partió en dos, quiso ver cómo era la mariposa por dentro. Pero no encontró más que un libro quemado por haber recibido demasiados electrochoques, el hilo del discurso equivocado.

No es que no sepa lo que escribo, pero tengo sueño. Tengo ganas de encontrar una muerte esquelética, que tenga la armonía del descanso. Y decir: «Venga, entrégame a Dios. Entrégame a Dios, alma vortiginosa e infeliz, arrebatada al cielo por la terrible muerte de esta tierra infame».

Por lo general, pensamos que podemos elegir la vida y el tipo de vida que más nos conviene, pero es difícil para todos sustraerse al imperativo del nacimiento y a ese otro imperativo más urgente, el del dolor. Para evolucionar, la vida tiene que doler, y su maternidad más difícil es la que concierne al poeta, que en el fondo es el único que la comprende. El poeta es el hijo más tolerante, el más austero. Y el que, como Lázaro, se alimenta de las sobras.

La vida no es una madrastra, sino una madre, y es una de esas madres que desprecia a quien más la quiere. La praxis de la santidad del poeta radica en alternar entre los enormes pechos de la vida, que siempre encontrará estériles y sin leche. La vida avanza pródiga hacia el menos sediento y el menos hambriento, y es sorda a los lamentos del justo, del sabio, de aquel que repara en esta avaricia injustificada.

Sin embargo, la vida es ecuánime: a la mayoría le da pan, pero al hijo desheredado le pasa a escondidas joyas auténticas a puñados. Y estas son las palabras del poeta.

El diablo se arroga el derecho de suplir y juzgar fuera de los cánones de nuestra madre Iglesia. Y gobierna a los pueblos de los dementes.

Este individuo estéril, más parecido al macho cabrío que al hombre, se juntó con una golfa para cubrir sus necesidades y me utilizó para sus sucios propósitos de prostitución.

Espero que algún día acabe en la cárcel. No porque golpeara y tal vez sodomizara a un sacerdote, sino porque prolifera como la hierba en una dulce tierra de ensueño como nuestra hermosa Italia, obligada a participar en guerras intestinas y en guerras pobres.

Así que yo también seré pobre, en señal de indignación.

Al hombre no le gusta el poder femenino y obliga a la mujer a tener partos dolorosos y difíciles: quiere verla gemir con sus propios ojos. O puede que no todo sea pura maldad, sino la visión anhelante de una castidad, que se redime precisamente en el dolor.

He encontrado el camino de salida a través de las ávidas suturas del

hombre.

Y entonces la mujer vuelve a florecer de manera inesperada, vuelve a florecer incluso tras las desgarradoras expectativas de la miseria, incluso tras las del incesto.

No es casual que la tragedia haya dado lugar a preámbulos seguros, los cuales, vistos a contraluz, parecían incluso emocionantes. Como la pasión de Paolo y Francesca, arrastrados por el dolor del placer. El placer del dolor sugiere que el delirio y el castigo son inmerecidos. Pero inmerecido es lo que se ensaña con la figura del hombre, ya tan soberbia y catastrófica.

Su mirada secreta no es producto de la imaginación. Los mil años no son producto de la imaginación. El individuo sucio que bota como una pelota, y que desde luego no corre con los vientos, lleva siglos durmiendo en mi armario.

La noche en que murió Roberto era una velada de agosto magnífica. Eso creo, lo sé. Una de esas veladas en que los pájaros se aventuran y el alma crece y se vuelve blanca como la nieve, la droga. Sí, la droga que yo me había escondido bajo la manga para que nadie viera que un dolor determinado comenzaba a pasarme factura. Que sudaba demasiado.

Que con demasiada frecuencia sentía frío y pavor.

Había percibido tantas cosas en la ansiedad.

Quería llegar muy rápido a la palabra «destino», porque a la palabra «imaginación» me parecía imposible llegar, era demasiado joven, demasiado inexperta, demasiado alegre, en un mundo donde determinados crímenes no habían sido esclarecidos. Yo, un héroe silencioso del destino. Yo, un viento primaveral en un mundo donde ahora sólo soplaba el invierno. Pero por debajo de algunos rencores ocultos. Y la piel se convertía en un cortavientos.

Los mejores años fueron los de mi juventud. Yo era un poeta, un poeta que cantaba el aleluya de la vida y la grandeza inmerecida de los otros.

Hasta mi padre me parecía un enemigo, porque era mortal. Y yo por entonces ya había olido el perfume de los ángeles. Sus vestiduras son inmaculadas, e inmaculado es el candor de su silencio.

Pero he conocido a gente ambigua que prostituía a los enfermos. Y a parejas monstruosas que disfrutaban el uno de la compañía del otro sin que los médicos se inmutaran.

Ahora veo que nada es fatal y que todo puede conducir al bien. Pero hubo un momento, un momento preciso, en el que creí que iba a morir. Y entonces me iba a la cama con muchos zapatos porque esperaba que me llamaran por mi último libro, como si se tratara de una especie de ejecución inmaterial.

Había empezado a hacer predicciones sobre la suerte del alma, que

percibía incrustada entre basura enterrada y difícil de extraer.

A veces, en pleno invierno, veía desde detrás de las ventanas al portero llevarse las bolsas. Y vete tú a saber por qué, me las imaginaba llenas de carne humana mezclada con desechos. Me decía: «El papel impreso sale de ahí». Y de hecho el papel impreso, desde que el mundo es mundo, siempre se ha hecho con residuos.

Soy pobre, lo sé, en anotaciones y glosas, y no tengo claro que una nota a pie de página, un asterisco sea bueno para el público y para los aficionados a la literatura, que se ponen a leerte el pensamiento entre líneas.

Cuando voy a buscar a Gerardo, siempre tengo miedo de no encontrarlo, de no verlo, de tener que volver con las manos vacías. De no poder confiarle mis crímenes secretos. Pero también tengo la impresión de que cuando le entrego mis papeles no lo considera un privilegio, sino algo que le corresponde por derecho. Mi feminidad de autora es destruida por esta miserable caridad de los editores, que convierten mi sufrimiento en un bien. No saben que cuando el río llora, e inunda terrenos que no son suyos, deja la marca profunda de su recuerdo, fecunda la tierra y la prepara para la luz. La visión de Gerardo podría ser la de cualquier otro hombre, un símbolo. No es una visión carnal, sino la posibilidad de un amor y el duelo de saberlo extinguido antes incluso de su nacimiento. Con el amor, junto a él, germina la muerte. Y el terreno de la muerte es mucho más fértil. Y por eso la semilla de la sabiduría, la semilla del dolor e incluso la del amor se plantan a lo largo del mismo camino, el de nuestra muerte.

Manganelli me contaba que algunas mujeres ancianas, y puede que aún deseables, el día que recibían su pensión corrían a gastársela entera por temor a que el portero se la robara. Y al día siguiente estas mujeres, mortificadas, se encontraban sin dinero y sin saber a quién darle los frutos de su trabajo. Nunca comprendí si lo suyo era generosidad o estupidez. Por eso, por miedo al portero, me traje a Titán a casa. Y en vez de un delincuente, tenía dos.

El dolor es tierra firme. Sin duda, el hombre puede contar con el dolor porque es lo único que siempre le ha pertenecido. La alegría es errante.

Hace tiempo que padezco una fiebre insólita, una fiebre que quema. Me he vuelto adiposa, gorda, como todas las mujeres ansiosas, y ya no sé hacer milagros, precisamente porque ya no sé sufrir. El dolor es lo que nos hace crecer, el dolor es lo que nos hace morir. Si eliminamos el dolor, eliminamos la mesa sobre la que comemos todos los días. Sin dolor nos veríamos obligados a comer en el suelo.

Ni me gusta el dolor ni me gusta tener una tasa de peso corporal, no debería estar permitido ponerse tan gorda como yo lo estoy ahora.

Ya ni siquiera me masturbo, porque ya no sé amar. Y si hablamos de la masturbación, también podemos hablar de la ideología del poeta. El poeta sueña y eyacula continuamente, aunque sea una mujer, y se debilita tanto que acaba por volverse gordo y ajado, porque ya no tiene esperanzas de gustarle a nadie.

A menudo elijo a hombres jóvenes, que por supuesto me rechazan, para poder seguir martirizándome, lamentándome, y así decir que soy un poeta maldito.

Los críticos creyeron que lo era, el portero creyó que lo era. Y no saben que los locos son salvajemente optimistas hasta que mueren ignorados por todos, como Penna, cubiertos por una sábana roñosa como la del manicomio. Una sábana que Titán utilizó para limpiarse los zapatos.

Los tormentos de estos años, la soledad, el miedo a morir, la carne desconsolada, los sudores fríos. No me hacen presagiar nada bueno. Pero ya no me atrevo a llamar a ningún médico, la horrible ambulancia que vino a buscarme, el lavado de cerebro, el olvido del amor.

Aun así, cada vez que venía un médico, no hace tanto tiempo, y miraba mis papeles y se interesaba por mis cosas, bueno, eso ya era ver a alguien. Ahora ya no me queda nada de nada.

Estar obligado a vivir es algo aterrador, querer que una piedra, como yo, viva a toda costa. Querer darle un alma, el aspecto y la forma de una vestal.

Estas piedras estelares, estas grandes ambulancias. E inmóviles son las hordas del destino. Los jinetes emplumados y los bravucones *carabinieri* de Dios vienen todos los días a decirte que eres prisionera del azar. Yo soy el polen de Venus. Y sí, es el polen de Venus el que me provoca esta espantosa fiebre del heno, el heno en el que Manganelli y yo nos revolcamos tantas veces, ofreciéndonos a los brazos de un destino invencible.

En mis lecturas, lo sé de sobra, se alternan cantos obscenos y cantos llenos de fantasía y dolor. Pero me gustaría decirle a Guido que eso va detrás de estar bien, de sentirse más o menos frustrada y más o menos en casa con los ángeles.

Manganelli tiene razón cuando susurra que los ángeles y los demonios hablan un idioma subversivo y dulce, lleno de halagos y secretos.

Lo sé muy bien, con este libro no ganaré nada, salvo tal vez, tal vez, una noche de descanso. Y una agonía llena de paz.

1Del francés *bachelier*. En la caballería medieval, joven aspirante a caballero. [A menos que se especifique lo contrario, esta y todas las notas son de la

traductora].

2*Imaginifico* significa «imaginativo», «creativo», y como sustantivo se emplea casi exclusivamente para referirse al escritor en tanto que «creador de imágenes». L'Imaginifico es también el sobrenombre de Gabriele D'Annunzio, pues en su novela *Il fuoco* califica así a Stelio Effrena, su *alter ego*.

3Navigli: antigua red de canales, actualmente inoperativa, que conforma uno de los barrios más animados de Milán. La figura de Alda Merini está muy ligada al canal Naviglio Grande, donde nació y residió gran parte de su vida, especialmente a partir de 1986; tanto es así que fue bautizada como «la poeta de los Navigli».

4El 13 de mayo de 1978, el Parlamento italiano aprobó la Ley Basaglia, que abolió los manicomios y puso fin al internamiento forzoso. La ley debe su nombre al psiquiatra Franco Basaglia, que luchó incansablemente para cambiar la consideración de la «salud mental».

5*Arcibaldo y Petronilla* (*Bringing up Father*, también conocida como *Maggie and Jiggs* o *Jiggs and Maggie*) es una tira cómica periodística creada por George McManus, publicada originalmente en 1913 en los Estados Unidos y, en Italia, en el *Corriere dei Piccoli*, en 1921.

6*Corriere dei Piccoli* fue la primera revista semanal de historietas infantil italiana. Nació el 27 de diciembre de 1908 como suplemento semanal del periódico *Corriere della Sera*.

7Pietro di Bernardone: uno de los comerciantes más ricos de Asís en el siglo XII y padre de Giovanni di Pietro Bernardone, que posteriormente fundaría la orden franciscana bajo el nombre de san Francisco de Asís.

8Según el DRAE, el publicano era el arrendador de los impuestos o rentas públicas y de las minas del Estado entre los romanos.

9En el original, «non ti curar di lor», variante popular del verso de Dante «non ragioniam di lor, ma guarda e passa». (Infierno, III, 51).

10Histórica librería en Via Corsico, Milán.

11La ley Bacchelli, promulgada durante el gobierno Craxi I, estableció un fondo para ciudadanos ilustres que vivían en estado de necesidad. Debe su nombre a su primer beneficiario, el escritor italiano Riccardo Bacchelli.

Nota biográfica

Alda Merini nace en Milán un viernes 21 de marzo de 1931 en el seno de una familia humilde. Su padre, Nemo Merini, primogénito de ocho hermanos, es empleado en una compañía de seguros, y su madre, Emilia Panilelli, ama de casa. Tiene una hermana mayor, Anna, y un hermano menor, Ezio.

Alda empieza a estudiar piano, el instrumento que la acompañará siempre, tras suspender la prueba de italiano que le impide matricularse en el Liceo Alessandro Manzoni. Tiene quince años cuando se inicia en el mundo de la literatura: Giacinto Spagnoletti, escritor, traductor y crítico literario, lee algunos de sus poemas y le presenta, en 1947, a los escritores Giorgio Manganelli, Luciano Erba, Davide Turoldo y Maria Corti.

Ese mismo año aparecen los primeros signos de enfermedad mental. Ingresa entonces en una clínica de Milán, de la que sale con un diagnóstico: bipolaridad.

Como escribió Maria Corti, si Manganelli fue para Merini un maestro de estilo, el mérito de haber sido su «descubridor» es para Spagnoletti, quien en 1950 incluye algunos de sus poemas en su *Antologia della poesia italiana 1909-1949*. Al año siguiente, el editor Giovanni Scheiwiller incluye otros poemas inéditos en el volumen *Poetesse del Novecento*. Alda establece lazos de amistad con Salvatore Quasimodo, quien en 1958 publicará algunos de sus poemas en la antología *Poesia italiana del dopoguerra*. Pero su primera obra, *La presenza di Orfeo* (Schwarz), que es recibida con gran beneplácito por la crítica, llega en 1953. Ese año es también el de su matrimonio con Ettore Carniti, propietario de algunas panaderías, con quien en 1955 tiene a su primera hija, Emanuela, y dos años más tarde a la segunda, Flavia.

Desde los años cincuenta hasta principios de los sesenta publica *Paura di Dio* (Scheiwiller, 1955), *Nozze romane* (Schwarz, 1955) y *Tu sei Pietro* (Scheiwiller, 1961), libro tras el cual comienza para Alda un largo y doloroso período. Su ingreso en el hospital psiquiátrico Paolo Pini de Milán se inicia en 1965 y se prolonga hasta 1972, y en las raras ocasiones en las que regresa a casa, da a luz a sus otras dos hijas, Barbara y Simona, que son entregadas a familias de acogida.

El silencio poético en el que, también debido a su enfermedad, se encerró Alda Merini, se interrumpe en 1979, después de casi veinte años, cuando comienza a escribir algunas de sus composiciones más intensas, especialmente las de *La Terra Santa*, que publica en 1984 gracias a Vanni

Scheiwiller. Ya viuda, ese mismo año se casa con un médico y poeta octogenario de Taranto, Michele Pierri, a cuya casa se traslada. Vienen años que a menudo son difíciles, durante los cuales conoce los horrores del psiquiátrico de esta ciudad sureña. La muerte de Pierri la sume en una profunda crisis, y en 1986 regresa a Milán, donde comienza un nuevo tratamiento con Marcella Rizzo, a quien dedica numerosos poemas. Ese año Merini termina su primer libro en prosa: *L'altra verità. Diario de una diversa*, y después da comienzo una época muy fecunda literariamente: ven la luz, entre otros, *Fogli Bianchi, Testamento, Vuoto d'amore* y *Ballate non pagate*, estos dos últimos publicados en Einaudi en 1991 y 1995 respectivamente.

Durante los últimos años Alda también escribe en prosa *Il tormento delle figure, Le parole di Alda, Delirio amoroso* y *La pazza della porta accanto*, publicado por Bompiani en 1995, ganador del Premio Latina 1995 y finalista del Premio Rapallo 1996.

A pesar de las distinciones que se le conceden —en 1993 recibió el premio Librex-Guggenheim Eugenio Montale de poesía, y en 1996, el Premio Viareggio—, Alda Merini continúa viviendo en condiciones de extrema precariedad. Su obra, de hecho, da fe de su convivencia diaria con la exclusión. En 1995, por fin, empieza a recibir una ayuda estatal para artistas en situación de necesidad.

La carga mística y la religiosidad se acrecientan en sus obras poéticas finales, entre las cuales cabe citar *Magnificat, un incontro con Maria* (2002), *La carne degli Angeli* (2003), *Corpo d'amore. Un incontro con Gesù* (2004) y *Francesco, canto di una creatura* (2007), las cuales fueron publicadas en la editorial Frassinelli.

En 2004 ingresa en el hospital San Paolo de Milán, y desde todas las partes del país llegan correos electrónicos pidiendo ayuda para la poeta. Durante los años siguientes, habrá numerosas manifestaciones reivindicando su nombre y su obra.

Alda Merini muere el 1 de noviembre de 2009 en el hospital. Está enterrada en el Cementerio Monumental de Milán, no muy lejos de su casa del Naviglio.

Algunos de sus libros de poesía han sido traducidos *(Cuerpo de amor, Magnificat, La carne de los ángeles, Francisco, Padre mío, Delito de vida)* y publicados en la editorial Vaso Roto. En prosa, la editorial Mármara ha publicado *La otra verdad* y la editorial Altamarea, *Delirio Amoroso*.

Algunos personajes mencionados en esta obra (por orden de aparición)

ALBERTO CASIRAGHI (1952): escritor, ilustrador y editor italiano, conocido sobre todo por sus aforismos. Publicó numerosos libros con Alda Merini, la mayoría ilustrados por él mismo.

LUCIO DALLA (1943-2012): cantautor italiano, célebre por canciones como *Caruso, Attenti al lupo* o *Piazza Grande*.

TOM PONZI (1921-1997): célebre investigador y criminólogo italiano que trabajó, entre otros, para Nelson Rockefeller, los Agnelli, Enzo Ferrari o el Aga Khan.

SALVATORE QUASIMODO (1901-1968): poeta y periodista, uno de los exponentes del movimiento hermético italiano. Recibió el Premio Nobel de Literatura en 1959.

MAURIZIO COSTANZO (1938): periodista, presentador de televisión, libretista y guionista de cine y teatro italiano, gran admirador de Alda Merini.

RENATO CURCIO (1941): fundador y líder de las Brigadas Rojas, del que Alda decía haberse «perdida, serenamente enamorado».

DAVIDE MARIA TUROLDO (1916-1992): presbítero, teólogo, filósofo, escritor, poeta y antifascista italiano, miembro de la Orden de los siervos de María, a quien Alda conoció vía Giacinto Spagnoletti.

GIOVANNI RABONI (1932-2004): poeta, crítico literario, periodista, traductor y escritor italiano.

VANNI SCHEIWILLER (1934-1999): crítico de arte, periodista y editor italiano, en 1986 publicó *L'altra verità. Diario di una diversa*, el primer libro en prosa de Alda Merini, al que seguirían *Fogli bianchi* (1987) y *Testamento* (1988).

EZRA POUND (1885-1972): poeta, ensayista, músico y crítico estadounidense perteneciente a la Generación perdida.

CARLO BETOCCHI (1899-1986): poeta y escritor italiano, considerado una especie de guía moral entre los herméticos.

DINO CAMPANA (1885-1932): poeta italiano, célebre por su único libro de poesía publicado, *Cantos órficos*, así como por su personalidad salvaje y errática, y por su desafortunada historia de amor con Sibilla Aleramo. A menudo se le considera el *poète maudit* italiano.

ARTURO SCHWARZ (1924): historiador del arte, ensayista, conferenciante, escritor y poeta italiano. En la editorial Schwarz se publicó el primer libro de poemas de Alda Merini, *La presenza di Orfeo*, en 1953.

GERARDO MASTRULLO: fundador de la editorial La Vita Felice, cuyas primeras

publicaciones fueron en realidad opúsculos de poemas de Alda Merini, a quien Mastrullo conocía debido a su pasado de bibliotecario y librero en los Navigli.

GIORGIO MANGANELLI (1922-1990): escritor, crítico, periodista, ensayista y traductor italiano, figura fundamental en la vida de Alda Merini.

GABRIELE D'ANNUNZIO, príncipe de Montenevoso y duque de Gallese (1863-1938): novelista, poeta, dramaturgo, periodista, militar y político italiano, símbolo del decadentismo y héroe de la Gran Guerra.

MICHELE PIERRI: médico y poeta residente en Taranto con el que Alda entabla una relación telefónica en 1981, tras la muerte de su marido Ettore, y con quien finalmente se casa en 1983.

ETTORE CARNITI: propietario de algunas panaderías de Milán, con quien Alda contrae matrimonio en 1953.

RINO ESCALANTE: psiquiatra.

ULIANO LUCAS (1942): fotoperiodista milanés conocido por sus reportajes sobre temas sociales para importantes periódicos y revistas italianas.

BENEDETTO CROCE (1866-1952): filósofo, historiador y crítico literario italiano, cuya obra ha ejercido considerable influencia, sobre todo en los campos de la estética y de la historia.

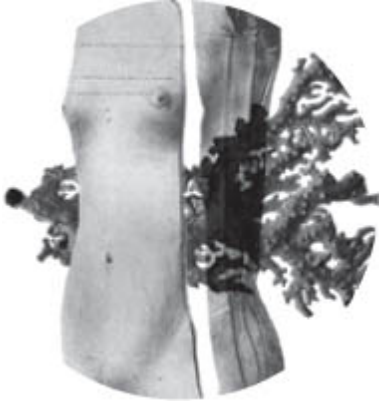
CHICCA GAGLIARDO: escritora milanesa.

SANDRO PENNA (1906-1977): escritor y poeta italiano.

OTROS TÍTULOS PUBLICADOS

Una familia en Bruselas
Chantal Akerman

El libro de las lágrimas
Heather Christle



La cresta de Ilión
Crisrina Rivera Garza

Editorial Tránsito es respetuosa con el medio ambiente: este libro ha sido impreso en un papel ahuesado procedente de bosques gestionados de forma responsable.